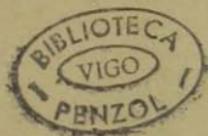


LA ESPOSA FEA

POR

R/64

Ramiro Blanco



VIGO
IMPRESA DE LA CONCORDIA
Plaza del Sol, 3

—
1898

M. 1494

R. 14477

C-47/4

LA ESPOSA FEA

POR

Ramiro Blanco

Prohibida la reproducción sin permiso del autor.



1900
IMPRESA DE LA CONCORDIA
Plaza del Sol
1900

MONTERREY
Librería Anticuaria
de Galicia
G. Aranda, 18-Tel. 16843
VIGO

LA ESPOSA FEA

Aquella noche, después de la cena, y cuando ya Felipe se disponía á echar sobre sus hombros la capita y largarse á la calle, cogióle por un brazo D. Ruperto, su padre, se encerró con él en el despacho, y no bien tomaron asiento uno enfrente de otro, le dijo:

—De aquí no sales hoy sin dejar resuelto y zanjado el asunto de que hace cuatro meses te hablo diariamente. Tú eres un holgazán de siete suelas: no tienes carrera, ni oficio, ni beneficio; has cumplido los veinticuatro años de tu vida sin hacer nada de provecho, y por las trazas tampoco harás en lo sucesivo cosa que sea digna de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para admiración de las generaciones futuras, Consecuencia de todo esto será, si Dios no lo remedia, que

en cuanto yo pase á mejor vida ¿as á tener que hacerte una cruz en la barriga, y buscar por ahí quien te proporcione medios de atender á la puchera, lo cual no es tan fácil como tú te figuras.

—¡Pero, padre!...

—¡Déjame concluir, bigardón! Confieso, lleno de pesadumbre, que la culpa es mia, y que si cuando estabas en edad de estudiar te hubiera puesto la piel verde á correazos para que cogieras los libros, ahogando con la reflexión este cobarde y ciego cariño que te tengo... otro gallo nos cantaría. En fin, no hablemos de lo que ya no tiene remedio. El caso es que no poseo más capital ni más renta que mi jubilación, y cuatro ochavos que milagrosamente he podido ahorrar, y que en cuanto me muera, ese dinerillo que entra en casa todos los meses se quedará en las arcas del Tesoro público, sin ninguna probabilidad de que ingrese en tu bolsillo la más mínima parte.

—Bueno... ¿y qué quiere usted que yo haga?

—Te lo he dicho más de mil veces: casarte con Gabina.

—¡Dale, bola! ¡Cuidado, padre, que es usted machacón y terco, si los hay!

—Pero ven acá, badulaque; reflexiona que Gabina es huérfana, joven y rica...

—¿Y es bonita?

—¿Qué importa que lo sea, ó no?

—Mucho, padre, Terminantemente declaro á usted que no habrá fuerzas humanas que me hagan casar con una mujer que asuste por lo fea... Eso de comer, dormir, pasear, etc., teniendo siempre delante una horrible carátula, un mascarón de proa... es cosa que no podría aguantar.

—Desde luego, hombre... ¡tan fea podría ser! ¿Pero acaso te he dicho yo que Gabina es un mascarón de proa?

—No, señor; me lo habrá usted callado para no desanimarme: ¿que apostamos á que es fea?

—No entra en mi sistema garantizar nada que no conoz-

co. Cuando mi amigo Baldomero, que santa gloria haya, se marchó á las Canarias con su hija Gabina, tenía ésta tres años; y entónces era muy mona, pero tu sabes bien que á esa edad todos los niños parecen bonitos: han pasado diecinueve años... y no sé la metamorfosis que habrán sufrido las facciones de Gabina.

—¡Gabina! ¡Vaya un nombre!

—¿También vas á reparar en el nombre?

D. Ruperto hizo esta pregunta ya medio incomodado, y se levantó, poniéndose á pasear arriba y abajo con evidentes señales de impaciencia. El muchacho mirábale de reojo ir y venir, y suspiraba por lo bajo, acechando una calva ocasión de tomar la puerta y dar fin á una entrevista que con tan malos auspicios comenzaba.

—Hijo mio, eres un estúpido, dijo D. Ruperto parándose de pronto delante de Felipe.

—No tanto como usted se figura, contestó éste, levantándose á su vez. Todo esto lo digo porque... no quiero casarme. Soy jóven; la vida se presenta á mis ojos llena de encantos; las mujeres me seducen, me trastornan, me enloquecen, me gustan todas; no tengo predilección por un tipo determinado de belleza: rubias ó morenas, altas ó bajas, gruesas ó delgadas, de cualquier color, de cualquier temperamento, como tengan buen palmito... ¡Suyo soy! ¡Oh qué hermosa es la libertad de que gozo! Ni el recuerdo del pasado me entristece, ni me preocupa el porvenir, ni el presente es para mi otra cosa que un sendero de flores, por el que marchó risueño y decidido, llevando el tesoro de mi salud, vigorosa encerrado en este cuerpo gentil de veinticuatro primaveras... ¿Y quiere usted arrebatarme tanta dicha? Mañana me caso, y cambia por completo la decoración. ¡Adiós independencia, adiós amor, adiós todo! Tendré siempre á mi lado una severa censora de mis actos; se me condenará á la quietud, al orden, á la prosa de la vida... ¡Esto es horrible!

—¡Tú quieres matarme, Felipe!—exclamó D. Ruperto

cambiando de sistema. Tú quieres dar conmigo en el sepulcro antes de tiempo Soy viejo, ya lo ves, estoy delicado, y si me das la pena de no casarte con Gabina, pronto moriré...

—¡Qué manía! contestó á media voz Felipe, haciendo un gesto de disgusto y sintiéndose conmovido á su pesar al oír aquellas palabras.

—¿Y por qué la tengo, borrico? Porque veo que no sirves más que para hacer el Tenorio; porque sé que eres incapaz de buscarte la vida; porque ese porvenir tuyo, que no te preocupa, es más negro que la pez... ¡Cásate con Gabina y moriré tranquilo!

—¡Se ha empeñado usted!...

—Sí, Felipin, sí, continuó D. Ruperto, acariciándole como á un niño No seas tonto, y haz caso de tu padre, que tanto te quiere, y que no sueña más que con tu felicidad.

—¡Ea! Pues le daré gusto...

—¿Palabra?

—Palabra.

—¡Hijo de mi alma! dijo D. Ruperto abrazándole.

—Ahora bien, siguió diciendo Felipe: ¿en dónde dice usted que está esa Gabina de mis pecados?

—En las Canarias, Felipin; en Santa Cruz de Tenerife.

—¿Y sabe usted si continúa soltera?

—¡Ya lo creo! Como que iba yo á...

—Espere usted un poco, que aún tengo otra preguntita que hacer... ¿Está usted también seguro de que me aceptaré por marido?

—¡Ah, bobalicón! Si no lo estuviera, ¿te propondría este matrimonio, que era cosa resuelta entre Baldomero y yo? Has de saber que desde hace años no he dejado ni un solo correo sin escribir á Gabina, y ella... ¡tan conforme con casarse contigo! Como que al hacerlo cumple la última y sagrada voluntad de su padre... Entérate, enterate de lo que me dice en su última carta, dijo, loco de alegría el

pobre viejo, echando mano á un lio de papeles que había sobre la mesa.

— Bien; basta que usted lo diga, refunfuñó Felipe deteniéndole. Se ha propuesto usted acabar con mi dicha, y no hay sino resignarse, porque... frailes descalzos no habían de convencerle. Por mí, puede usted ya escribirla diciéndola que la espero. ¡Y abur!

—¿Cómo que la esperas? dijo D. Ruperto, interponiéndose entre la puerta y su hijo.

—¡Es claro!

—¡Es turbio! ¡Pues no faltaba más, hombre! ¿Tú crees que puede ella abandonar su hacienda y venirse sola (pues sola vive la pobre) para comodidad del señorito? A tí es á quien corresponde hacer el viaje, porque el término de todo ha de ser el que tú te establezcas en Tenerife. Conmigo irías, á no ser el maldito reuma que me está haciendo pasar ahora una temporadita que al más pintado se la doy; pero allá iré yo á dejar mi huesos, si á Dios le place, en cuanto me alivie...

—Padre, está usted empecatado; pero... ¡hágase su voluntad! Empezaré el viaje, me embarcaré por primera vez en mi vida, correré el riesgo de ahogarme... ¡y todo por correr tras otro peligro mayor, como es el de convertirme allá en marido de Gabina!

—Tampoco te casarás en Santa Cruz, sino aquí, por poderes.

—¡Vamos, quiere usted amarrarme bien, no sea que me escape! Bueno; como usted guste. ¡Dios me la depare buena!

—¡No digas simplezas, Felipin! Vas á vivir como un príncipe.

—Pero siquiera, padre, me será permitido, antes del casorio, conocer el físico de mi futura; creo que estoy en mi derecho.

—Hablas como un libro. Y por cierto que no se me ocurrió la idea de pedirle un retrato.

—A tiempo estamos,

—Bueno, hombre, bueno; nos le enviará junto con los documentos indispensables para legalizar el matrimonio... Y no te olvides de que me has dado tu palabra...

—No lo olvidaré.

Con esto se terminó la conferencia. Felipe salió muy mal humorado de la estancia, y quedose allí D. Ruperto refregándose las manos lleno de satisfacción.

II

Después de aquella noche, ni Felipe volvió á hablar de la proyectada boda á su padre, ni éste se permitió la más pequeña alusión al grave acontecimiento que se preparaba; y hasta diríase que uno y otro lo habían olvidado, segun la reserva que guardaban.

Pero ya D. Ruperto había escrito, sobre la marcha, una expresiva carta á su futura nuera, participándola que Felipe estaba loco de amor por ella, aunque sin conocerla más que de oídas, y que su mayor felicidad, su sueño dorado, consistía en casarse á vuelta de correo. Decíala también que el pobre Felipe estaba inconsolable, porque un maldito panadizo en un dedo de la mano derecha le imposibilitaba de escribirla, y lo más que podía hacer, y eso con mucho trabajo, era dedicarla el retrato adjunto (le enviaba, en efecto, un retrato del chico, con una garrapatosa dedicatoria del propio D. Ruperto). Item más; incluía en la carta, con honores de legajo, los papeles necesarios para efectuar el enlace, y concluía suplicándole le remitiera el poder y un retrato fotográfico para que Felipe pudiera extasiarse ante la contemplación de sus hechizos, hasta tanto que se hallara en condiciones de contemplar los del original.

Felipe había vuelto á sus correrías; era un huésped en su casa, y en ella entraba sólo para dormir. Hombre con menos obligaciones, y más ocupado que él, era difícil encontrar: hoy un baile, mañana una excursión á las

ventas, aquí un banquete, acullá una cita de amor, cuándo un estreno, cuándo una partidita de caza... y el padrastro aquél daba al olvido las más apremiantes obligaciones domésticas, con tal de atender al bolsillo de su mimado retoño.

Bien aprovechaba éste la trégua á que daba lugar la ida y vuelta del correo á las Canarias. Pero fué deslizándose el tiempo dulcemente, y llegó un día en que de nuevo se encerró D. Ruperto con su hijo en el despacho.

— ¡Ea! Llegó la hora, le dijo. Es necesario que me cumplas tu palabra.

— Mi palabra... ¿de qué?

— ¿Cómo de qué? ¡De casarte! Es cuestión ya de unos días; todo está preparado y dispuesto. Aquí tienes la carta de tu futura, ó, mejor dicho, dos cartas, pues me incluye una para tí, extrañándose, como es natural, de que no le hayas escrito palabra, porque lo del panadizo...

— ¿Qué panadizo?

— Nada... ya te explicaré.

— ¿Bueno, ¿y el retrato?

— También me lo envía.

— ¿A ver?

— ¡Guarda; creo que lo he puesto... lo he puesto..., murmuró D. Ruperto, alzando con mano temblorosa la tapa de una cartera. Aquí debe estar... pero...

Conociase á la legua que D. Ruperto andaba muy remolón en entregar lo que su hijo le exigía; pero no había escapatoria, y después de exhalar un profundo suspiro, sacó el retrato...

Arrebatóselo Felipe de las manos, y no bien puso en él la mirada... muy poco le faltó para dar consigo en el santo suelo, presa de un síncope.

No había ¡ay, no! nada en el rostro de la señorita Gabina que pudiera recordar la belleza de la Venus de Médicis, ni de la de Milo, ni de ninguna Venus: ojos pequeños y escondidos en profundas órbitas, mejillas angulosas, boca rasgada de oreja á oreja, frente ancha y saliente,

barba puntiaguda, cuello largo y bien morenito (como todo lo demás, que al parecer tiraba á cetrino); y en fin, la joven habíase retratado sonriendo, y mostraba entre labio y labio un par de incisivos, vulgo *paletas*, de los de marca mayor...

Era la tal cara un raro fenómeno de completa fealdad, tan difícil de encontrar como la perfecta hermosura; sin una línea, sin un rasgo, sin mezcla alguna del más pequeño detalle estético que disimulara aquel manojito de imperfecciones.

El pobre muchacho se dejó caer abatido en una silla, y soltando aquella estampa de la herejía, escondió la frente entre las palmas de las manos, clavó los codos en las rodillas, y á punto estuvo de llorar como una criatura?

Suspenseo y turbado su padre, le miraba en silencio, hasta que por fin se atrevió á decirle:

—¿Serás capaz de volverte atrás?

Felipe continuaba mudo.

—¡Tú quieres matarme!, gritó D. Ruperto. Tu quieres dar conmigo en el sepulcro.

—No, padre, no —contestóle rompiendo á hablar el desventurado Felipe—quien quiere dar conmigo en el sepulcro es usted, porque apenas vea á Gabina en cuerpo y alma... me muero del susto, y si se rie... me pulveriza. ¡Cielos, que mujer, si de tal merece el nombre! Ya barruntaba yo, triste de mi, que eran muchas gollerías, mujer jóven y millonaria para un pobreté como yo, no siendo (como es) imposible que la tal Gabina encuentre, en toda la redondez de la tierra, hombre de tan temerario valor que se aventure á cargar con semejante adefesio!... ¿Quién, sinó yo?...

—¡Así, así, á puñados tendrá los pretendientes, majadero!, exclamó D. Ruperto, defendiendo su causa con mímica elocuencia de dedos. ¿Te figuras tú, alma de cántaro, que se encuentra ahí, tras de cada esquina, una proporción como esta?... La hermosura es efímera, pasajera, y aunque no lo fuese acabaría por hastiar... En cambio las

riquezas, bien administradas, proporcionan bienestar, prestigio, todo cuanto pueda ambicionarse en el mundo, salvo la salud, cuando no ésta también.

—¡Ay suspiró Felipe. ¡Qué nietos va usted á tener!

—¡Tanto como me gustan los niños!

—Es que aquéllos no serán niños, sino gorilas... ¡Y tal vez esté favorecida esa desgraciada en el retrato! Con franqueza, padre, dígamelo todo de una vez...: ¿es también jorobada?

—¡Déjate de bromas, Filipín! Mira, te concedo que la muchacha, á juzgar por esta mala fotografia, no es lo que se llama una beldad... No, eso no; y ya ves que soy justo. Pero fijate bien, observa, analiza esas facciones... ¿no hay en ellas algo que atrae y seduce el espíritu, por la expresión de bondad que revelan? ¡Es un ángel, Felipe, te digo que es un ángel! Ya verás que felices vamos á ser; hijo de mi alma; en cuanto mejore un tantico así del reuma, allí me tienes de sopeton... y con que me destinéis un rinconcito donde acabar mis días... No; ahora no quiero turbar con mis alifafes tu luna de miel...

—¡Y aun se atreve usted, padre, le interrumpió furioso Felipe, á hablar de mi luna de miel!... ¡Esto ya es el colmo, y me marchó, porque si no... acabaré, oyendo á usted, por reventar como un triquitraque!

Y salió disparado de la estancia, derribando sillas y sembrando papeles con el huracan que promovieron sus desordenados movimientos; oyéronse tremendos portazos y ruido insólito de patadas por las escaleras luego nada.. Solo una doméstica de la vecindad que cantaba peteneras.

—¡Se casará! pensó D. Ruperto, gozoso al ver que había salido airoso de su empresa, mejor de lo que esperaba; pues su hijo, á pesar de aquellos arrebatos, no se retractó de la palabra empeñada.

.....
 Poca ó ninguna importancia tiene para el interés de nuestro cuento apuntar los pormenores del acto que es-

clavizó para siempre al pobre Felipe; así, pues, baste decir, con las menos palabras posibles, que se casó con Gabina, y que desde aquel punto y hora quedóse tan desmayado y triston, que no parecía el mismo.

En vano el bueno de su padre intentaba animarle y fortalecerle, recordándole á cada paso la cuantiosa fortuna de que muy en breve iba á disfrutar; era Felipe (y hagámosle justicia) desinteresado de suyo; y más, mucho más que en las riquezas de su consorte, pensaba en aquella boca, y aquellos ojos, y aquel pescuezo...

Cruel consigo mismo, llevaba en la cartera de bolsillo el retrato de su Gabina, y se complacía en martirizarse con rabiosa insistencia, contemplando á solas la malhadada imagen, como si de ella estuviese enamorado.

Listo ya todo y equipado nuestro héroe de los pies á la cabeza, llegó el temido momento de la partida á Cadiz. D. Ruperto, hecho un mar de lágrimas, despidió á su hijo en la estación, abrazole más de cien veces, y puso en sus manos una cartera que contenía tres mil pesetas en billetes de Banco. ¡Todos sus ahorros!

Felipe se enterneció ante aquel rasgo de previsión paternal, y le dijo: —No haga usted este sacrificio. Me sobra con la cuarta parte.

—¡Anda, bobo! Ya me lo devolverás con creces en la isla. Quiero que á tu arribo no hagas mal papel; sé generoso y espléndido con todo el mundo, bien que no necesitas de esta recomendación para serlo... ¡Ah! Si Gabina te habla del panadizo... Nada, discúlpate como puedas... Otra cosa que ya se me olvidaba... En la maleta grande encontrarás un estuche carmesí... y otro negro ¿eh? Son dos regalitos para tu mujer... ¡Otro abrazo!... ¡Ya silba la máquina!

—¡A mi es á quien silba! pensó Felipe.

Y un minuto después la potente locomotora arrastraba, fuera de la estación, el pesado tren. La última preocupación del recién casado al salir de Madrid, fué sospechar que su mujer tenía los dedos plagados de panadizos.

III

El día 15 de aquel mes, que era el de Mayo, zarpaba de Cadiz el vapor *Maria Pepa*, coa rumbo á Canarias. Podía disponer Felipe de día y medio para visitar la coquetona ciudad andaluza, y supo aprovechar bien el tiempo, recorriéndola en todas direcciones, desde el barrio de San Carlos hasta el de la Viña, y desde Puerta de Tierra á la Alameda de Apodaca.

Si no contento parecía resignado; y bien se le encandilaban los ojos cuando ante él pasaban, graciosas y ligeras, las saladisimas gaditanas.

—¡Ay! pensaba suspirando; el mundo es cosa buena, porque en todas partes se encuentran preciosos ejemplares de ese sexo encantador que me enloquece... *Sin ellas* ¿qué cosa haría agradable la existencia del hombre?... Pero *con ella* (y sacaba el malhadado retrato), con ésta, con mi mujer, con Gabina, con semejaute esperpento, ¿qué porvenir me espera? Momentos hay en que siento impulsos de hacer una barbaridad que sea sonada... ¡Maldito mil veces el dinero, que todo lo trastorna y lo enreda!

Tan tristes pensamientos no le impedían, gracias á su envidiable carácter, pasar relativamente bien las horas de su permanencia en Cádiz. Allí, en la fonda, encontró media docena de alegres comensales con quienes entabló rapidísimas relaciones amistosas, tan rápidas como efímeras tenían que ser.

Estos amigos de un día, viajantes de comercio unos,

estudiantes otros y vagos los más, eran todos gente animada y bullanguera, incansables perseguidores de las muchachas bonitas dispuestos siempre á divertirse... y en medio de aquella pandilla fué á caer Felipe, como si él solo faltara para su completo

No había para que nombrar á tales individuos, á no ser porque ellos fueron causa (si he de dar crédito á los datos que me facilitan esta narración) del percance ocurrido á Felipe en Cadiz; percance que, como se verá, dió comienzo á la serie de aventuras y disparates con que inauguró su vida de casado aquel cabeza de chorlito

Dos horas antes de que saliera de la bahía gaditana el vapor *Maria Pepa*, hallábase Felipe con sus nuevos amigos *corriendo una juerga* en San Severiano, barriada extramuros de Cadiz.

Llovía á cántaros. Pero ellos, al abrigo del chaparrón, no se ocupaban de otro líquido que el que contenían las innumerables cañitas. El fragante vino de Sanlúcar alegrábalos los ojos y el corazón, y apenas permitían al activo montañés un momento de descanso en la tarea de reemplazar las cañas vacías por otras llenas de la aromosa manzanilla.

Formando rancho aparte del grupo, hallábase Felipe con una tal Petrilla, guapa muchacha, muy amartelado, y diciéndola muchas y lindas cosas al oído. Reíase ella con estruendosas carcajadas, luciendo una dentadura tan blanca, tan igual y tan chiquita... que no pudo menos de hacer Felipe odiosas comparaciones entre aquellos monísimos dientes, y los espantables de Gabina.

De buena fé se proponía él dar por terminada la vida de soltero con aquella locura ó majadería de última hora.

Había echado las cuentas al minuto (así se lo decía á sí mismo) para atender á todo sin perder nada: pagado el fondista; el billete de su pasaje en el bolsillo, y á la puerta un coche en donde tenía el equipaje.

Estaba tranquilo.

No sabía él que, en aquellos momentos, la chimenea del

vapor que había de conducirlo al nuevo y definitivo hogar doméstico, vomitaba negras y espesas nubes de humo; que todos los pasajeros y tripulantes estaban ya á bordo; que el capitán disponía las últimas maniobras para zarpar, y que la hélice enroscábase en el agua formando espumosos remolinos

Cuando Felipe, empapado de agua y sudor hasta los huesos, lleno de lodo y seguido de un mozo que llevaba á cuestras un baul, llegó á Puerta de Mar, pudo aún ver, á través de la espesa cortina de lluvia, al *Maria Pepa* que, doblando ya el fuerte de San Felipe, iba canal adelante á desaparecer muy pronto por detrás del barrio de San Carlos.

El atolondrado hijo de D. Ruperto no había contado con la huésped; y la huésped fué un tremendo bache del camino en donde una de las ruedas se atascó, sin que fuerzas humanas (las del *penco* fueron insuficientes) hicieran posible el desatasco.

Pagar á peso de oro un valiente que con aquel endiablado tiempo se comprometiera á llevar el equipaje, correr como un desesperado más de dos kilómetros, sufriendo la tenacísima lluvia torrencial... ¡y llegar tarde!

¡Había que oír á Felipe renegar de su suerte, desesperarse, maldecir la hora en que se le ocurrió ser de la partida con aquellos malandrines!

¿Qué hacer? No le quedaba más recurso que volverse á la fonda, escribir á su padre contándole lo sucedido (con las reservas consiguientes), y aguardar quince días á que otro vapor le condujera al amoroso seno de su legítima consorte.

—¡Bueno se va á poner mi padre cuando reciba la noticia!— pensaba Felipe camino de la fonda. Pero bien reflexionado, ¿qué necesidad tengo de decirle ahora ni una palabra de lo ocurrido? Le escribiré cuando vaya á embarcarme. A ver si también llego tarde... y acabo por fijar mi residencia en Cádiz... ¿Y qué dirá Gabina (¡maldita sea su estampa!) cuando acuda llena de emoción al

muelle y se encuentre con cara de palo, decidida, como estará, á echar el garfio conyugal al primer pasajero del *Maria Pepa* que se me parezca? ¡Ella, que debe estar consumiéndose por arrojar en mis brazos su armazón de huesos! Que tenga paciencia...

Instalado de nuevo en la fonda, y mientras se mudaba de ropa de pies á cabeza, los pensamientos que bullían en su mente iban progresando y modificándose. Por el pronto, comenzaba á sentir una dulce tranquilidad, un cierto goce interior, al considerar que durante aquella trégua de quince días podía aún forjarse la ilusión de creerse libre, feliz é independiente; porque, sin darse cuenta de ello, abultaba en su imaginación cada vez más la horrible desgracia de su enlace con Gabina, y sentía escalofríos y sublevación de nervios cada vez que pensaba en el momento infausto de la primera entrevista...

No: no le sería posible realizar el milagro de fingimiento necesario para no echarlo todo á rodar en cuanto se le pusiera delante la espantosa y fea catadura de su mujer.

Y sin duda para desvanecer tan penosas ideas, tomó al día siguiente el partido de buscar, sin pérdida de tiempo, á Petrilla, aquella buena moza, compañera suya en San Severiano, propietaria de la más blanca y bien puesta dentadura que Felipe había visto en todos los días de su vida.

Enteróse de que Petra se había ido á Chiclana, y no vaciló en hacer el viaje, que sería un motivo más de distracción.

Vendrían aquí ahora, como de molde, algunas consideraciones acerca del envidiable temperamento de Felipe; porque eso que vulgarmente llamamos felicidad, lo lleva cada uno consigo mismo, y consiste, ni más ni menos, que en tomar las cosas como vienen, hundiéndose en el saco del olvido lo pasado y lo porvenir. Todo es cuestión de suerte: nacer ó no nacer con aptitudes para practicar tan suprema filosofía.

Elle es que nuestro héroe hizo su excursión á Chiclana

y volvió á Cadiz á los ocho dias, tan fresco, tan alegre y tan campechano, como si en el mundo se hubiera extinguido para siempre la casta de las Gabinas; él no se acordaba de la suya, y en paz.

Tumbado á la bartola en un sofá, hallábase Felipe esperando á que la campana le avisara la hora de la comida, cuando entró en la habitación uno de los camareros, diciendo.

—Mil enhorabuenas, señorito.

—¿Y por qué me las das, muchacho?

—¡Toma! Porque ha escapado usted de una buena.

—Que el diablo me lleve si entiendo una palabra de lo que dices.

—Puede ser que me equivoque, pero... ¿No iba usted á embarcarse para Canarias?

—Sí, ¿y qué?

—¿No llegó usted tarde al muelle?

—Todo eso es verdad... —dijo Felipe incorporándose. ¿Y qué ocurre?

—¡Vaya! ¡Como que no estará usted enterado de lo sucedido!

—No sé nada; explícate de una vez.

—¡Si esto ya pasó hace cinco dias!

—Pero... ¡animal! ¿Acabarás de decirme?...

—¡Y lo han traído todos los periódicos!

—Mira, como no hables pronto, te estrangulo. ¿Qué sucede? ¿Qué?

—¿Conque usted no sabe que el *Maria Pepa* se ha ido á pique?

—¿Que se ha ido á pique?

—¡Hasta los topes!

—¡María Santísima!

—Y se han ahogado todos, lo que se dice todos los que iban en él ¡Un desastre señorito! El único naufragio que pudieron recoger unos barcos de pesca, murió al poco tiempo de resultas de unas heridas, despues de contar las peripecias del naufragio... ¡Si todo esto lo han traído los

periódicos! Fué un temporal deshecho... Conque ya ve usted si tenía yo motivos para felicitarle...

Felipe dejóse caer otra vez en el sofá, anonadado con tan estupenda noticia.

¡Cinco días! ¡Habían transcurrido ya cinco días desde el naufragio del *Maria Pepa*! Es decir, que el pobre viejo, solo y desamparado en Madrid, lloraría sin consuelo la pérdida de su infortunado hijo... ¡mientras éste se divertía en Chiclana!

Felipe se levantó de un salto, sin atender á otros detalles que el oficioso doméstico seguía refiriendo, se puso el sombrero y salió de estampía á la calle en busca del telégrafo: éste fué su primero y nobilísimo impulso.

Pero estaba tan turbado y fuera de tino, que antes de llegar á la estación telegráfica, situada muy cerca de la fonda, dió más de veinte inútiles rodeos, cruzando calles y más calles, que en Cádiz todas se parecen, por ser estrechas y bien alineadas. Ensimismado en sus pensamientos volvía maquinalmente al punto de partida, como un palomino atontado, tropezándose con los transeuntes... y fué un verdadero milagro que al fin acabara por llegar frente al edificio, sobre cuya puerta se leía en letras bien gordas. *Telégrafo*.

Allí mismo, delante de la puerta, sin avanzar un solo paso, acabó de madurar el disparatado proyecto, que, sin duda, concibió durante su precipitada carrera.

El autor de estas líneas se apresura á manifestar que, á no tener por rigurosamente fidedignos los datos que utiliza para narrar la historia de Felipe, desistiría de continuarla al llegar á este punto, por temor á que algunos escrupulosos lectores la juzgaran inverosímil.

Y sin embargo, las cosas sucedieron tal y como se verá más adelante. Nada parece, con harta frecuencia, tan inverosímil como la verdad misma.

Ya dijimos que Felipe, ante la tenebrosa perspectiva de ir á unirse con su mujer, pásabale á veces por el majin la

idea de hacer alguna barbaridad, y el muchacho se salió con la suya.

Inmóvil á la puerta del telégrafo, pensaba de este modo:

—A estas horas mi padre me cree ahogado; esto es evidente. Darle de golpe y porrazo la noticia de que aun pertenezco al mundo de los vivos, será matarle, porque el pobre no esta en edad de sufrir, una tras otra, dos emociones tan tremendas... Si le escribo, malo. Si me vuelvo á Madrid y me ve entrar en casa de pronto, cuando tal vez venga el de oír alguna misa por mi salvación eterna, creerá que soy un anima bendito, y se va á quedar en mis brazos como un pajarito... Vayamos con tiento, porque el negocio es grave, muy grave...

¿Y ella? Apostaría la cabeza á que *mi viuda* se habrá mandado hacer trajes de luto, y parecerá una cucaracha... ¡como si lo viera!

Figurábasela él, en efecto, asomando la cetrina y angulosa *facies* por entre las negras tocas, como nna Marizápalos desolada, llorando la pérdida del deseado esposo, á quien ya creía tener entre las uñas.

Tornaba luego á pensar en su padre. Más aferrado cada vez á la idea de lo peligroso que sería ponerle en autos de la verdad, sin tomar antes exquisitas precauciones, se decidió á callarse por el pronto, confiando en que más adelante se le ocurrirían medios racionales para resolver el conflicto.

Y en cuanto á Gabina... ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz iluminó la inteligencia de Felipe!

—¿Si todo esto que me sucede, pensaba, serán misteriosos avisos de la Providencia, que me marcan el camino que debo seguir? Lo cierto y positivo es que hubiera sido pasto de los peces si llego á embarcarme... Este hodorrio, que mi padre me ha impuesto, soñando con hacerme feliz, no puede acabar en bien, cuando con tales desastres y peligros comienza.

Y supongamos por un momento que todo hubiera ido como una seda; que me embarco, que el vapor arriba

felizmente á Canarias, que mi mujer resulta ser un angel de bondad, como pretende mi padre... Bueno: aun así y todo, ¿podría yo soportar á turno diario la presencia de un ser tan ridículo y monstruoso como Gavina? ¿Cabe en humana inteligencia que pudiéramos ser felices, ni ella ni yo? ¡Llore mi muerte esa desdichada que no la llorará por cariño, sino por despecho al ver desbaratados sus planes!

La muy necia encargó á Madrid un marido, gustóle la pinta por el retrato, y tuvo la suerte de topar con un padre bonachón é infeliz que de buena fé ha creído hacer dichoso á su hijo casándole con una millonaria. No; no seré yo quien la dé noticias de mi vida, y en tiempo oportuno declararé á mi padre el firmísimo propósito de permanecer difunto indefinidamente, para los efectos matrimoniales:

Todos estos razonamientos se hacía allí Felipe, clavado ante la puerta del telégrafo, con la mirada perdida en el espacio, haciendo con las manos extrañas figuras en el aire, como si hablara á ser imaginario, arrugando unas el entrecejo y sonriendo otras. Los que entraban y salían parábanse á mirarle un momento, bien persuadidos de que aquel jóven de tan buen aspecto debía ser profugo de algún manicomio. «¡Lástima de chico!» murmuraban alejándose. De pronto, la mirada de Felipe cayó casualmente sobre un gran cartelón que estaba pegado en la fachada del edificio; en aquel cartel se leía:

C. Havraise Peninsulaire de navigation á vapeur.

El magnífico vapor de 7.000 toneladas

PHILIPPEVILLE

saldrá de Cadiz con rumbo á Argel, haciendo escalas en Gibraltar, Málaga, Oran y Arzew. Admite carga y pasajeros.»

El *Philippeville* levaba anclas aquella misma tarde, á las cinco.

Consultó Felipe su reloj; eran las once.

¡Aquel vapor si que no se le escapaba!... El destino po-

niale ante los ojos la solución pronta y radical del conflicto.

—¡Antes que ir al lado de Gabina, capaz soy de marcharme al infierno! ¡Argel me espera! Pasaré allí una temporada deliciosa. He leído no se dónde, que Argelia es un hermoso país, ... pero aunque no lo fuese, mi decisión es irrevocable. Allí permaneceré hasta mi resurrección.

Buscó la Casa Consignataria, y pidió el billete de su pasaje hasta Argel. ¡La estrella de Felipe era el atolondramiento!

Al sacar la cartera, con objeto de efectuar el pago, tuvo un momento de indecisión; el recuerdo de su padre, la perspectiva de un viaje por mar (reciente la catástrofe del *María Pepa*), el temor que infunde lo desconocido, el misterio del porvenir á que se lanzaba, ... todos estos pensamientos comenzaron á desazonarle y le hicieron vacilar...

Pero ¡estaba de Dios! al extraer de la cartera un billete de Banco, salió también con él la malhada efigie de Gabina, con todos los horrores de su épica fealdad, con aquella estúpida y eterna sonrisa que le sacaba de quicio, con los angulosos pómulos, las inverosímiles orejas, el pescuezo largo y moreno. . . . ¡Se acabaron las vacilaciones!

-- ¡Pronto! ¡Un billete de primera para Argel!

.....

Mientras la proa del *Philippeville* hendía majestuosamente las olas que bañan el arrecife sobre el cual se eleva el faro de San Sebastian, centinela de la bahía gaditana, y Felipe, apoyado en la borda, contemplaba el encantador panorama de Cádiz, que reflejaba en el mar sus mil torrecillas blancas y esbeltas; mientras el barco se alejaba de la coquetona ciudad, envuelto por los rayos de un sol espléndido y acariciado por las brisas. . . , en la imprenta donde se tira el *Diario de Cádiz* componía un cajista el suelto siguiente:

«Milagrosamente salvado.—Al publicar la lista completa de los pasajeros y tripulantes del *María Pepa*, víctimas de¹

horrendo siniestro que llenó de luto á tantas familias, y de consternación á este vecindario, incluimos entre los ahogados á D. Felipe N. cuyo nombre junto con los demás, nos facilitó el consignatario del vapor perdido

«Pues bien: podemos hoy afirmar que dicho pasajero no ha muerto. Ocupaciones urgentes é ineludibles le retuvieron en tierra: y cuando acudió al muelle para trasladarse á bordo, era ya tarde El *Maria Pepa* navegaba ya obedeciendo á su fatal destino: el de conducir á la muerte á tantos desgraciados.

«D. Felipe N. ha sido el único que logró salvarse, merced á la providencial circunstancia que acabamos de manifestar.»

IV

Es Argel la ciudad más graciosa y bien urbanizada del continente africano: llena de vida y movimiento, blanca como Cádiz, y como ésta mirándose en el mar; sus *bulevares*, sus calles enreyesadas, sus alminares, sus callejuelas misteriosas y las infinitas escalinatas que trepan por las colinas, le dan un aspecto pintoresco.

La plaza principal, llamada *del Gobierno*, parecióle á Felipe una inmensa paleta de pintor. En aquella muchedumbre que bullía en la plaza, brillaban todos los colores del iris; los gorros encarnados de los pescadores argelinos mezclábanse con los niveos turbantes de los árabes; las ropas de las judías le recordaban el tornasolado plumaje del pavo real, jaiques y caftanes, pañuelos de seda, fajas bordadas, sombreros de variadísimas formas y brillantes matices, túnicas amarillas, trajes europeos...; de todo había allí, como en cajón de sastre.

Encantado Felipe de vivir en aquel mundo nuevo para él, paseábase por entre la abigarrada multitud que le envolvía, dejándose llevar del oleaje humano, sin pensar en mañana, y tan orondo y tranquilo como si, en lugar de unos cuantos billetes de Banco, guardara en su cartera la fortuna de Crespo.

Los primeros días se extraviaba cuando llevado del deseo de verlo todo, ó tal vez persiguiendo alguna beldad indígena, se internaba por entre las mil callejuelas de la ciudad antigua, costándole luego Dios y ayuda volver al hotel.

La Providencia le deparó un *cicerone*, un compatriota, muchacho de excelentes prendas, serio y calmoso, todo cuanto Felipe era de ligero y alegre de cascos. Se conocieron en la mesa de la fonda, y simpatizaron en virtud de esa fuerza misteriosa que atrae y une á personas de caracteres opuestos, como electricidades de distinto nombre; además, entre compatriotas que se encuentran en país extraño, suelen estrecharse con facilidad las amistades.

Rafael, que así se llama el nuevo amigo de Felipe, era madrileño y socio comanditario de una gran casa de banca que sostenía en Argel importantes negocios; así se lo dijo á Felipe, y este, á su vez, obligado por la cortesía á dar algunas explicaciones de su viaje á Argel, declaró con la mayor frescura que sólo el placer de *touriste*, su pasión por los viajes, el deseo de ver mundo, le había hecho cruzar el Mediterráneo á bordo del *Philippeville* para visitar aquella famosa colonia francesa, de que él tenía muy buenas noticias. Nada; un capricho de mayorazgo opulento, que no sabe eu qué gastar el dinero.

Así lo supuso Rafael, y continuó creyéndolo durante muchos días al ver que Felipe no se preocupaba de gastos, siempre, que éstos le proporcionasen ocasiones de divertirse y pasar la vida alegremente, Que el tal Felipe era un tarambana... eso se veía á la legua; pero Rafael, encariñado con su nuevo amigo hallaba modo de disculpar sus ligerezas, cargando la responsabilidad de ellas sobre los que no supieron reprimir en tiempo oportuno las pasiones y devaneos de aquel mimado de la fortuna; y adivinaba en el fondo de aquella perpétua frivolidad condiciones de nobleza y desinterés, un alma incapaz de acciones villanas.

Era Rafael, sin saberlo, una segunda edición del doctor Pangloss; él, que era bueno, creía á todo el mundo bueno también; opinaba que las cosas suceden con un fin que es el mejor fin de los fines posibles, y que no pueden suceder de otro modo...

Este delicioso optimismo le llevaba naturalmente al extremo de no pensar nunca mal de nadie.

Los puntos negros en la conducta de Felipe pasaban para él inadvertidos; gustábase pasear con su amigo, á quien había acompañado á visitar cuanto de notable en tierra Argel, y su paseo favorito era el puerto, desde el cual se abarca gran parte del ancho golfo en que se halla situada la ciudad.

Pero más de una vez tuvo que hacer solo su favorita excursión; Felipe desapareció de la escena; ni almorbaba ni comía en la fonda, y allá á las tantas de la noche regresaba sabe Dios de dónde.

Coincidió uno de estos eclipses con la llegada del correo español, y una carta para Rafael, en la que se le indicaba la necesidad de emprender cuanto antes el viaje á Madrid.

Bien creyó que tendría que abandonar á Argel sin despedirse de Felipe; estaba anunciada para el día siguiente la salida de un vapor con rumbo á Málaga, y no queriendo perder la oportunidad, preparó el equipaje y dedicose luego á buscar por todas partes á su amigo, resultando inútiles sus esfuerzos.

Cuando ya se disponía á acostarse, oyó fuertes golpes en la puerta de su cuarto.

—¡El es!—pensó—mientras se apresuraba á abrir.

Era, en efecto, Felipe, que penetró como una tromba en la habitación, y volvió á cerrar de golpe la puerta, de jándose caer en una butaca.

—¿Que te sucede?—preguntó Rafael.

—¡Uf!—hizo Felipe, tirando el sombrero sobre la cama.

—Creí no volverte á ver... ¡palabra de honor! ¡Estoy desesperado! Sientate junto á mi y escucha... Eres el único en este endiablado país á quien puedo confiar mis apuros y pedir consejos...

—¿Ya te parece endiablado este país? No opinabas así al principio; todo te parecia bien, el clima, el suelo, las mujeres...

—¡Las mujeres!—gritó Felipe—¡Ellas serán causa de

todas mis desventuras!... ¿Porqué hay mujeres bonitas en el mundo? ¡Ah! ¡Si la más hermosa se pareciese á una que yo conoço... de vista, capaz de hacer aborrecible su sexo! En fin, vamos al grano... ¿No se te ha ocurrido nunca pensar en lo que será un harén?

—¿Un harén? —contestó Rafael, sorprendido por aquélla pregunta. — Sí: he oido hablar... Pero en Argel no hay ninguno, que yo sepa...

—No se trata de eso, sinó de lo que será un harén en Turquía, en Egipto, en Marruecos... He leído algo, y sé á que atenerme... Figúrate, amigo mio, que esos perros mahometanos, monstruos de egoismo, emparedan (esta es la palabra) á sus mujeres, sin permitir que nadie penetre por las puertas de aquéllas misteriosas prisiones. Nada ha podido contra esas costumbres la civilización europea, que casi á la fuerza se les impone; ni hablar de ellas consenten; en los teatros mismos mandan hacer palcos con celosias y persianas para que sus mujeres asistan á las funciones sin ser vistas; en los ferrocarriles, tres cuartos de lo mismo; persianas y celosias en los reservados de señoras...

—Pero, bueno —le interrumpió Rafael:—¿que tiene que ver todo eso con tus apuros?...

—Ya llegaremos... Confiesa, amigo mio, que el menos curioso de los hombres se ha de sentir irresistiblemente atraído por el deseo de conocer lo que tan guardado y en secreto se tiene. ¿Cómo son, pues, esas mujeres? En Argel no tiene el Gran Turco ningun serrallo, es verdad. Los prosaicos franceses lo han invadido todo, y es lástima que así sea. Pero entre tantas europeas empalagosas y cursis como he visto por acá, también he podido ver algunas moras que deben ser hermanas gemelas de las que agostan su juventud y belleza en los harenes turcos ó marroquíes... ¡Ay, Rafael de mi vida, las moras me vuelven loco! Me hacen el efecto de seductoras mascaritas que ocultan maravillosas perfecciones á las miradas de los profanos...

—Pero ya sabes—dijo Rafael sonriendo al ver el entusiasmo con que se expresaba su amigo,—que de cien más-caras que nos parecen encantadoras, apenas si hay una que, después de quitarse el antifaz, nos enseñe un rostro que corresponda á la idea que de él ha forjado nuestra fantasía.

—Será así; pero en cuanto á una que conozco... no hay sino confesar que es del número de las que superan en la realidad á cuanto el deseo pueda soñar... Imagínate una mujer esbelta y llena de gracia, con esa gracia voluptuosa é incitante cuyo secreto solo las de su raza poseen: vestida con el pintoresco traje de las moras, los largos y huecos pantalones de paño fino, encarnado, sujetos al tobillo por un galon de oro; las babuchas de tafílete, encarnado también, cuajadas de arabescos, encerrando un par de monísimos pies; el airoso jaique ciñendo á veces las seductoras curvas de su cuerpo gentil, flotando otras en ondulantes pliegues... Todo esto pude ver en el momento en que, acompañada de otra que debía ser vieja, bajaba con ligerísimo paso... ¡y con babuchas! por una de esas innumerables escalinatas que hay en la parte antigua de la ciudad. A duras penas podía seguirla su compañera, y al llegar abajo volvió la cabeza, mostrándome lo único que ellas permititen ver de su rostro: dos ojos magníficos, grandes, negros y brillantes como estrellas... Luego doblaron la esquína, y desaparecieron por una callejuela tortuosa. ¡Figúrate cómo me quedaría yo!

—¡Ah, calavera! Ahora me explico tus escapatorias.

—Quería sorprenderte, Rafael, poniendo ante tus ojos aquel portento de hermosura, y decirte: «¡Mírala; esta mujer ideal me ama, y nos entendemos por señas, porque yo no hablo palabra de árabel!» ¿Qué quieres?... Era una pequeña vanidad mía ser conquistador y dueño de aquella morita... ¡Valiente campaña he hecho... maldita sea mi suerte!... Pero tú ibas á acostarte y te estoy fastidiando con mis necias aventuras...

—No, prosigue; tengo interés por conocer...

—¿El desenlace? El peor de los desenlaces posibles, como verás, y voy á concluir pronto. Inútil me parece decirte que las seguí encarnizadamente á través de cien mil callejuelas, hasta que en una sin salida... desaparecieron por la puerta de un casucho viejo y destartalado, con tres ó cuatro ventanas como troneras... ¡Parecía imposible que pudiera vivir allí tan airosa y elegante mora! Me fijé bien en la casa; apunté el nombre del callejón y orientándome como pude volví al centro de la ciudad decidido á continuar la aventura. Seguro estaba de que aquella mujer era bellísima y en eso no me engaÑé, porque al día siguiente pude ver su rostro, gracias á un negro, vecino suyo, que en cuanto vió relucir una moneda de oro se le alegraron los ojos, ofreciéndose á ser mi esclavo... siempre que hubiera otras moneditas con que pagar su esclavitud... El tal negro ¡bandido! habia sido limpiabotas en Gibraltar, y charrupa el castellano; ¡gran adquisición! Sin encomendarme á Dios ni al diablo, le puse al corriente de mis proyectos, y empezó por hacerme entrar en su zahurda, indicándome un tragaluz desde el cual se veía la azotea de la casa en que habitaba la mora...

Cuando, después de tres dias de acecho y de aguantar agazapado horas enteras, pude verla en todo el esplendor de su belleza, creí volverme loco de alegría... ¡Chico, qué mujer! Pero ya comprenderás que mis aspiraciones no se reducían solo á contemplarla desde aquel agujero, pagando á peso de oro el capricho... Además... sin modestia; estaba yo dando pruebas de un valor temerario al entrar en la madriguera del negro, donde siempre veía siniestros figurones sentados en el suelo, unos morazos corpulentos de barba crespa y ojos como chispas, que brillaban por debajo de los grandes capuchones, mirándome de través, cruzadas las patazas, sin moverse ni chistar, fumando en pipas de media vara... ¡Valientes tíos!

Yo llevaba siempre un revólver que compré en un bazar... ¡No me preguntes por ese revólver, porque me sonrojo! Y ¿querrás creerlo? Aquel diario peligro á que me

expuse durante dos semanas, producíame emociones deliciosas; era la salsilla de la aventura... ¡Las dificultades en la conquista de una mujer hermosa engendran mayor deseo de poseerla!

Mi confidente me aseguraba que en varias ocasiones había hablado á la mora de mi, y para cerciorarme de que no mentía, hice que le llevara un regalo de mi parte, un brazaletes de oro y perlas que tenía yo destinado para... un caso así... Vi desde el tragaluz la alhaja en el brazo blanquísimo de la mora, y ya no dudé. Por fin, después de muchas idas y venidas, y de aprobar y desechar proyectos estupendos, me citó el negro para hoy, á las once de la noche, á la entrada del callejón; que me esperaría allí y entraríamos como Pedro por su casa en la de la mora; que él me guardaría las espaldas; que todo estaba hablado; que no había más que coser y cantar.

Tú ahora me dirás, y te sobraré la razón hasta por encima de los pelos, que como yo fui tan cándido que me tragué la bola de creer que estaba ya hecha la conquista de una mujer con la cual no había hablado ni una palabra.. Pero se trataba de una mora, y no de una modistilla madrileña, abordable en el primer esquinazo á la salida del taller... Impaciente, nervioso, no vine á la fonda; comí en no se que *restaurant* próximo al lugar de la cita, y á la hora señalada penetré en el sombrío callejón...

De pronto se me vinieron encima cuatro bárbaros, no sé si los mismos que ví en casa del negro, pero supongo que serían ellos; me sujetan, me agarrotan, me impiden gritar poniéndome una manaza nauseabunda en la boca, me amenazan con tremendas gumías, y en menos de un minuto me dejan como el gallo de Morón... ¡Todo se lo llevaron; la cartera, las monedas sueltas, el reloj... y hasta el revolver! Cuando pude respirar, me encontré solo. La casa del negro cerrada á piedra y lodo; la de la mora, lo mismo; guardias, ninguno... ¿Y quieres que no califique de endiablado á un país dónde esto sucede al extranjero, sin que las autoridades se cuiden de su seguridad?...

Levantóse Felipe sofocado por la ira, y se puso á pasear por el cuarto, refunfuñando maldiciones contra los franceses, los negros, las moras bonitas, y los ladrones berduinos á quienes se permite usar tan descomunales guías.

—¡Cálmate —le dijo Rafael.— ¡Vamos, eso ha sido una locura, y el resultado no podía ser otro! Sírvate de escarmiento para lo sucesivo, y no vuelvas á meterte en esos berenjenales. Despues de todo, debes dar gracias á Dios, porque has escapado de ese accidente con las mayores ventajas posibles; nada hay que no esté bien dispuesto en el mundo: has salvado la piel, y ganas en experiencia... Ha sido una fortuna.

—¡Fortuna! ¿Y el dinero robado?

—¿Qué importa eso?

—¿Cómo, que no importa?

—Para tí es lo de menos...

—¿Lo de menos?...

Detuvo Felipe una frase que iba á soltar, y luego prosiguió:

—¿Te figuras que voy á dejar las cosas en tal estado? ¡Sin dinero! ¡sin reloj!... O no hay justicia en Argel, ó recupero lo perdido, y hago que castiguen á los criminales... Para todo esto me haces falta, amigo mio; es necesario que me ayudes, que sacrifiques algun tiempo á la amistad.

—¡No dudes de la mia! —exclamó Rafael, con el acento de la más pura sinceridad— Pero en esta ocasión... ¡cuánto me duele no poder serte útil!

—¿Por qué?

—Sencillamente porque mañana, es decir, hoy, puesto que ya veo clarear el día por los resquicios de ese balcon, debo embarcarme para Málaga.

—¿Te vas de Argel? ¿Me abandonas?

Sobre el espíritu de Felipe cayó la noche, como diría Becquer, invadieron su alma ejércitos de fúnebres pen-

samientos, y se quedó mirando á Rafael, con la boca entreabierta, inmóvil, como un idiota.

El cuadro que se presentó á los ojos de su imaginación era más negro que la cara del traidor confidente: no tenía una peseta; no había pagado al fondista; confiaba en Rafael, y éste le abandonaba; iba á verse solo, sin recursos... Su padre ¡el infeliz! y la horrible Gabina, pasaron como sombras por su mente... Comprendió en un segundo la trascendencia de todos los disparates y locuras que había hecho... ¡Pero si aquel aciago momento tenía que llegar, un día ú otro! ¡Había acercado la mecha á la mina... y luego se espantaba de la explosión!

Rafael, que le miraba sorprendido sin decirle palabra, le vió luego arrojarle en el lecho y llorar.

— Pero ¿qué te pasa, Felipe? ¿Qué tienes?

— ¡Déjame, déjame! ¡Quiero morir!

— ¿Pero qué te sucede?

— ¡Soy un miserahle! ¡Déjame!

Y, sin transición, se echó en brazos de su amigo, y continuó sollozando como una criatura.

Poco le faltaba á Rafael para hacerle el dúo, poniéndose también á llorar, sin saber aun el motivo de tal efusión de lágrimas.

— ¡Ea! ¡Qué diablo! — le dijo empujándole dulcemente hacia una silla, donde le obligó á sentarse. — Cálmate y dime qué te pasa. ¡Algo muy gordo debe ser cuando así te pones! Y yo estoy en ayunas... Tu no me lo has contado todo.

— ¿Qué te lo he de haber contado todo? — contestó Felipe enjugándose rabiosamente las lágrimas. — Aún no sabes de la misa la media... Cuando te enteres de lo animal que he sido, vas á despreciarme. Escucha.

Felipe se confesó con su amigo. Nada le ocultó; el empeño de su padre en casarle con Gavina; su matrimonio por poderes; el viaje á Cadiz; el conocimiento con Petrilla; el naufragio...

La admiración de Rafael llegaba al colmo; el señorito

espléndido, el caprichoso *touriste*, se iba trasformando á sus ojos á medida que se enteraba de su historia. De todo aquello que el presumía que era Felipe, sólo quedaba un loco é incorregible perseguidor de las hijas de Eva. La ignorancia en que dejó al pobre viejo de lo ocurrido en Cadiz, le pareció un crimen.

Como para disculpar Felipe sus extravíos, y antes de que su amigo dijera una palabra, quiso enseñarle el retrato de Gabina que, por irrisión de la suerte, fué lo único que se salvó del robo quedando en el fondo de un bolsillo.

— En efecto — murmuró Rafael contemplándole. — Es fea tu mujer, muy fea... pero ¡desdichado! ¿Como has tenido valor para ocultar á tu padre que vives? ¡Eres un mal hijo! ¡Tal vez la pena de creerte perdido le habrá hecho enfermar! ¡A saber lo que le habrá pasado! Y tú impasible en Argel, metido en aventuras galantes, tirando el poco dinero que te dió! ¡Estás loco, lo que se llama loco de remate!

Felipe, con la frente hundida en las palmas de las manos y los codos clavados en las rodillas, lloraba sin consuelo.

Cuando Rafael se calló, tomó de nuevo Felipe la palabra.

Todas sus censuras eran merecidas. ¡Oh, si! Pero estaba arrepentido hasta el fondo del corazón y aun sería tiempo de remediar las locuras pasadas.

¡Vida nueva! ¡Se acabaron las aventuras con moras y cristianas!

Estaba decidido, completa é irremisiblemente decidido á reunirse con su mujer, sufrir resignado los horrores de su fealdad, convenir con ella el modo de poner en autos á D. Ruperto de que aún andaba su hijo por el mundo.

¿No hablaba como hombre formal!...

Quería enmendar sus errores; que su padre tuviera noticias suyas cuando el pudiera darselas desde Canarias al lado de su mujer, ocupados los dos en prepararle las mejores habitaciones para cuando el pobrecillo quisiera irse á vivir con ellos. ¡Todos serían felices!

Para realizar tan razonable plan necesitaba algún dine

ro, ¡eso sí!. Había que pagar al dueño del Hotel, el viaje á Canarias, comprar otro brazaletes...

Le tocó el turno á Rafael de pasear arriba y abajo mientras Felipe hablaba. Oyole silenciosamente, ya más calmado, y luego abrió el balcón, porqué la vela se había consumido. Los primeros rayos del sol inundaron la estancia.

—Si me hablas con seriedad —dijo Rafael después de una larga pausa;— si de veras estás arrepentido...

—¿Puedes dudarle?

—Aun podía arreglarse todo perfectamente; y ahora, más que nunca, creo que lo que ayer noche te sucedió ha sido providencial... ¡Un ángel vela por ti Felipe! Esa lección puede servirte de mucho provecho... Todo lo que has hecho desde que saliste de Madrid, salvo no haber escrito á tu padre (que eso... el diablo te lo inspiró) lo ejecutaste impulsado por una fuerza superior que preparaba tu porvenir. Aun vas á ser dichoso con Gabina, á pesar de que es tan fea la pobre.

—¿No es verdad que es muy fea. Tú no te has fijado bien en el retrato?

—Si ya lo he visto.

—Le miraste con una frialdad... sin asustarte.

—¿Querías que me hubiera desmayado?

—Esa cara es capaz de producir sincopes... ¡Ah! Yo me sé de memoria sus facciones.

—No pienses en eso.

—Si fuera tu mujer, te parecería tan fea como á mi.

—Convencido. Pero volviendo á tu proyecto, que juzgo el mejor, ya supondrás que mi bolsillo está á tu disposición.

—¡Que bueno eres!

—Poco á poco: hay que discurrir con calma y echar cuentas. La cantidad de que en el día puedo disponer, no es suficiente para cubrir tus gastos, pero hay un medio de arreglarlo todo, y verás cual es: pagamos la fonda; te quedas en Argel; yo me voy á Madrid; y desde allí te giro

cuanto dinero necesites. Si antes de irte á Canarias quieres darme un abrazo; te vés á Barcelona, donde he de estar dentro de quince dias ¿Qué te parece mi plan?

—¡Maravilloso! —dijo Felipe, abrazando loco de alegría á su bienhechor, á aquel Fenix de los amigos...

—Precisamente no conozco la ciudad de los Condes, y ardía en deseos de darla un vistazo... Quedamos en que yo espero aquí tu aviso; me embarco para Barcelona...

—Y de allí á Canarias, sin remisión.

—Desde luego

—¡Y mucho cuidado con las moras!

—¡Las detesto!

—Así sea!

Felipe abrazó á su amigo por la centésima vez, jurándole eterna amistad y agradecimiento.

Nadie, al verle tan animado y alegre, diría que momentos antes estaba á dos dedos de la desesperación; era como los niños, que, aun húmedas las mejillas por el llanto, tienen ya la alegre carcajada en los labios.

Por la tarde fué á despedir al muelle á Rafael, y en el último abrazo oyó que le decía al oído:

—Me has empeñado tu palabra, ¿eh? Ya sabes lo conve-

nido... ¡A Barcelona, y desde allí á Canarias!

V

Quince días después, el bote que conducía á tierra á Felipe, atracó en el embarcadero de la Paz, en Barcelona; allí le aguardaba Rafael, que le llevó á la casa donde se había hospedado, un piso segundo de la calle de Valencia, allá en el ensanche.

Pudo ver Felipe en el trayecto, todo á lo largo de la Rambla, plaza de Cataluña y Paseo de Gracia, algo de lo que prometía la populosa ciudad; oleadas de gente, multitud de coches, hermosos comercios...; y cuando dejaron atrás el centro lleno de vida, y se paró el coche frente á un edificio nuevo, aislado, en aquella ancha y solitaria vía donde aún faltaba mucho por edificar, no pudo menos de decir á su amigo:

—¿Qué diablo de idea tuviste de venir á este destierro? ¡Cuánto mejor instalados estaríamos en una fonda, próxima á los teatros y á los cafés!...

—No temas—le contestó sonriendo Rafael:—ya lo verás todo durante los días que vivas conmigo. Esta casa tiene muchas ventajas, que compensan el pequeño inconveniente de vivir un poco extraviados. Conozco de antiguo á la dueña, una tal D.^a Pancha, persona de excelentes prendas, y que trata á los escasos huéspedes que admite, con un mimo y un deseo de agradar que encantan.

—Transigiré con tu D.^a Pancha; así como así, no la veremos sino á las horas de comer...

No había exagerado Rafael; era la casa tranquila y aseada; la dueña, servicial; las habitaciones, cómodas; la me-

sa, buena. Si Felipe no hubiera tenido clavada en el alma la idea de su próximo é inevitable viaje á Canarias, habríase considerado por completo feliz viviendo á sus anchas en aquel pisito donde tan bien se le trataba, y correteando por la populosa ciudad, llena de encanto y alegría.

Aunque muy ocupado Rafael, le vigilaba cuidadosamente, no hiciera el diablo que un buen palmito diese al traste con todos sus buenos propósitos. Pero ¡oh sorpresa! según pasaban los días iba Felipe transformándose de tal modo, que no parecía el mismo:

Ni á tres tirones se lograba sacarle de casa; todo lo contrario de lo que le sucedía en Argel; veíase precisado su amigo á salir solo, y al volver al alojamiento, hallaba casi siempre á Felipe en zapatillas, fumando un cigarro, muy tranquilo, asomado á una ventana con vistas al espacioso patio de la casa, y sin acordarse de que en el mundo existiera Barcelona.

Aquél fenómeno tenía una explicación tan clara y evidente, que sólo la buena fé con que Rafael creyó las palabras de Felipe, podían cegarle hasta el punto de no ver que precisamente en casa estaba el peligro.

A la mesa de D.^a Pancha, que se reservaba la presidencia, sentábanse, además de los dos amigos, otros tres huéspedes: una solterona muy peripuesta, de cara vulgar y perpetua sonrisa; un viejecito acartonado y parlanchin, que tenía la invariable costumbre de dormir, apoyando los codos en la mesa, una siestecita de media hora, después de cada comida; y una jóven, no mayor de veintidós años, hija del viejecito.

Rosario se llamaba, y en verdad que era una rosa en todo el esplendor de su belleza, según frase que el propio Felipe hizo para su uso particular en cuanto se enteró de su nombre.

Y hay que hacerle justicia; él, tan inflamable, tan expedito cuando se trata de entablar la conquista de una mujer kermosa, luchó como un héroe al principio por

libertarse de la fascinación que le producían los negros ojos de Rosario, llenos de luz, brillando á través de las aterciopeladas pestañas. Quiso huir de aquellos ojos que le atraían, le atraían pérfidamente, mirándole de soslayo; y si alguna vez lograba vencer la esclavitud de tan seductora mirada... una leve sonrisa en los labios de la jóven le ataba á su lado, y con tal imperio, que tanto la mirada como la sonrisa parecían decirle: «Quiero que te quedes; exijo que me ames... ¡Pobre tonto! Mi voluntad es la tuya.»

La primera galantería de Rafael obtuvo por respuesta la más alegre y burlona de las carcajadas; luego, como él quisiera formalizarse, le dijo Rosario, entre desdeñosa é indiferente, y con una naturalidad que le desconcertó:

—Me parecía usted un muchacho listo, y ¡que lástima! resulta ahora que es usted un majadero.

Y le volvió la espalda.

Al día siguiente, como en desagravio, le dió una flor que llevaba en el pecho. Unas veces clayaba en él sus ojazos negros, animándole con la más dulce de sus miradas; otras veces parecía olvidarse de su presencia... ¡ni se dignaba contestarle! ó le decía: ¡Me aburre usted! Y con aquel tira y afloja volvía loco al pobre Felipe, ca ta vez más enamorado.

Todo esto pasaba en el comedor, después del almuerzo, mientras el padre de la jóven echaba su acostumbrada siestecita, ó bien aprovechaba Felipe algún encuentro casual en los pasillos; alguna tarde hablaron desde las ventanas de sus respectivas habitaciones, separadas por toda la anchura del patio.

Así se iba pasando el tiempo dulcemente, sin que Felipe hiciera el arranque de liar los bártulos y embarcarse, dejando perder cuantas ocasiones se le presentaban, y ya se decidió Rafael á refrescarle la memoria, sacándole de aquel estado de sonambulismo en que al parecer vivía.

Una tarde abordó la cuestión.

—Vamos á ver, Felipe, le dijo: hace ya un mes que lle-

gaste á Barcelona, y es forzoso ir pensando en cumplir lo prometido

—¿Lo prometido? ¿Te prometí yo algo?

—¡Pues me gusta, hombre! ¿Ahora salimos con esas? ¡Dios me perdone si no creo que has perdido el juicio! ¿Y tu mujer? ¿Y tu padre? Nada, nada; hay que decidirse de una vez, y marcharse á Canarias.

Bajó Felipe la cabeza, arrugó el entrecejo, tiró al patio el cigarro que fumaba, y hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón, dijo con admirable tranquilidad:

—No me voy á Canarias.

Rafael se quedó con la boca abierta, mirando á su amigo.

—¿Qué has dicho? le preguntó. Hombre, hazme el favor de repetirlo, porque aún tengo la esperanza de no haber oído bien.

—Querido amigo, contestó Felipe, poniéndole las manos en los hombros. Estás en tu derecho, insúltame, pégame una bofetada, mátame, haz de mi lo que quieras... Te sobrará la razón, y me libraré muy bien de protestar, ni de quejarme. Pero ¿que quieres? Hay algo superior á mi voluntad; no puedo irme á Canarias... ¡Imposible!

—¡Dios mío! ¿Estás loco?

—¡Loco!... Según como se interprete esa palabra...

Y acercando sus labios al oído de Rafael, le dijo:

—¡Estoy enamorado!

—¡Cayóse la casa acuestas!

—¡Y mira en qué ocasión vienes á recordarme mi promesa! continuó Felipe con los ojos brillantes, y el color de la cara encendida por el entusiasmo. Precisamente cuando voy á ser feliz, cuando se acerca el momento suspirado de hablar con ella á solas en su cuarto, de poderla explicar... (no sé si sabré) todo el amor, toda la adoración que me inspira...

—¿Pero tú sabes lo que significa quedarte en Barcelona?

—dijo Rafael. —¿Con que medios cuentas para vivir? ¿Qué sabes tú lo que es trabajar? Porque... las cosas claritas:

site figuraras que voy á señálarle uua renta para satisfacer tus caprichos, te engañas... Hasta aqui hemos llegado y no se da un paso más... ¡Miren por dónde me sale ahora! ¡Que está enamorado!

—Bueno — contestó con ahogada voz Felipe, pero revelando en la actitud la firmeza de sus propósitos — Abandóname, vete donde quieras, retírame tu amistad, que yo infinito aprecio. ¡Jamás olvidaré lo que hiciste por mí, y te querré siempre como á un hermano! Pero vuelvo á repetirte que me quedo en Barcelona. ¿Cómo viviré? Lo ignoro... ¿Caeré en la más espantosa miseria? ¿Me moriré de hambre? ¿Careceré hasta de un mísero jergón donde dar la última boqueada? Está bien... Con tal de verla, aunque sea de lejos... ¡verla! ¡Ay, Rafael de mi vida! Tú no sabes que ella lo es todo para mí, mi felicidad, mi vida, mi porvenir...

— ¡Calla! ¡Calla! No sigas diciendo disparates... Tratándose de faldas, pierdes los estribos... ¿Llevas la cuenta de las veces que tan rabiosamente te has enamorado?

— ¡Nunca como ahora, te lo juro! — dijo. Eran insulsos amoríos, ráfagas pasajeras de una ilusión, cualquiera cosa menos amor: ni el recuerdo de ellas conservaba á los pocos días... Esta vez va de veras, créeme por Dios. Rafael; lo que siento ahora es nuevo en mí, soy otro hombre; ella solo sería capaz de regenerarme.

— Pero... ¿quién es ella? Sepamos,

— ¡Y me lo preguntas! ¿Quién puede ser, sinó Rosario?

— ¡Rosario! ¡Ah, torpe de mí! — exclamó Rafael dándose una palmada en la frente. — ¡Debí preverlo!

— ¿Has visto mujer más seductora que Rosario? — siguió diciendo en voz baja Felipe, mientras dirigía furtivas miradas al patio. — ¿Has visto ojos más hermosos y dulces que los suyos, promotores de un mundo de dicha para el que ellos miren con amor? ¿Y aquel cabello negro y undoso que casi la cubre como un manto cuando ella lo liberta de la esclavitud de las horquillas? ¡Yo la he visto así ayer mismo, desde esta ventaua! ¿Y qué diremos de

la blancura de su cutis? ¿Qué de su perfil de Virgen de Rafael? ¿Qué de la esbeltez de su talle, de su elegancia y distinción, de su gracia irresistible?

Rafael, sentado en una butaca, escuchaba pacientemente á su amigo, considerándole ya como cosa perdida... ¡O tal vez pretendiera hallar en su alma de optimista, recursos para resolver en sentido favorable á la felicidad, aquel nuevo tropiezo!...

Felipe siguió explicándose con un entusiasmo cada vez mayor. Era Rosario el ideal de sus sueños... ¡Lástima que tan encantadora criatura fuese un enigma! Tan pronto brindando esperanzas como arrebatándolas con una frase burlona; á veces casi insultante, y otras á punto de mostrarse enamorada...

Por fin, iba á ser dichoso; Rosario aprovecharía aquella tarde, en que su padre se iba á Sarriá, para recibir la visita del joven...

En aquel momento apareció la doncella de la hermosísima Rosario, trayendo á Felipe la suspirada nueva de que su señorita le esperaba.

Felipe se lanzó triunfante al pasillo, y Rafael, poniéndose el sombrero, salió á la calle murmurando:

—¡Grandísima coqueta!

VI

Esperaba Rosario la visita del joven, recostada con indolencia en una *chaise-longue*, moviendo con lentitud el abanico, y con la mirada fija en las grandes hojas de un *ricino*, puesto en maceta primorosa. La habitación estaba decorada con buen gusto; muebles flamantes, muchas flores, bonitos espejos, preciosas chucherías sobre el elegante tocador; había echado el resto doña Pancha para alojar dignamente á tan linda huésped.

Felipe, que en dos saltos salvó el espacio que separaba su habitación de la de Rosario, y entraba allí con aires de conquistador, perdió todo su aplomo al verla, y quedóse cerca de la puerta turbado y no poco mohino al observar que ella, ni se tomó el trabajo de cambiar de postura, ni de recibirle siquiera con una mirada.

Así pasaron dos minutos, durante los cuales sólo llevó la voz cantante un canario que se despepitaba entonando: una cavatina llena de *fioriture*; y como viera Felipe que los hermosos ojos de Rosario giraban de la planta al pajarito, sin hacerle á él caso, se adelantó tratando de sonreír, y dijo con voz en que se traslucía amargo reproche

—¡Rosario!

—¡Ah! ¿Esta usted ahí? —contesto ella, señalándole una silla. —Sientese usted Felipe.

— Gracias.

Nueva pausa durante la cual se prodigó mentalmente Felipe los más denigrantes epítetos. . . ¡Era absurdo lo que le pasaba cada vez que se veía ante aquella mujer! Volvase

tento, estúpido... Ello es que Rosario, con sus genialidades y salidas de tono, con su mezcla de burlona y amable, de indiferente y cariñosa, le desorientaba... En aquel momento no sabía Felipe qué cara poner, ni cómo empezar la conferencia. Un colegial, asistiendo á la primera cita de una mujer hermosa, no habría hecho papel más desairado que Felipe.

Rosario fijó de pronto en él una intensa mirada, y le dijo de sopetón:

—Conque... ¿de veras está usted enamorado de mí?

¡Que sí estaba enamorado! Semejante pregunta era una ofensa... Con timidez, y en voz baja al principio, se soltó á hablar Felipe, y luego fué creciéndose y desarrollando primores de elocuencia.

¿Quién le había transformado, sino ella? ¿Quién le había hecho conocer el verdadero amor? ¿Por quién pasaba el la pena negra, lleno de zozobra y desasosiego, aguardando de aquellos adorables labios la suspirada frase, que le haría el más venturoso ó el más infeliz de los mortales.

Rosario se sonreía, echando besos al pajarito.

Por ella, (continuaba Felipe) lo olvidaba todo, afrontaba el porvenir, se sentía con ánimo para la lucha; sería opulento, famoso, invencible, héroe... ¡Y toda aquélla gloria hipotética, la ponía á los piés de Rosario!

A medida que Felipe iba entrando en calor, y apretaba el cerco de firme para rendir aquélla sirena, iba también el canario subiendo el diapasón, desgañitándose á cantar, lanzando al espacio alegres y sonrosos trinos, ganoso de vencer con su atiplada vocecita la del competidor que de pronto se le presentaba.

Rosario escuchaba, siempre sonriendo, aquél dúo que hombre y ave la dedicaban, y parecía satisfecha del homenaje.

Pero ¡ay! sin duda la seducían más los gorjeos del canario, que el discurso del hombre; porque cuando Felipe, dueño de sí mismo, se lisonjeara de convencer con

su arrebatadora elecuencia á la jóven, ésta le interrumpió á lo mejor para decir.

—¿Ha visto usted que monería de pájaro?

—¡Señorita! — exclamó Felipe levantándose, rojo de indignación. — Aquí hay uno de más: ó el canario, ó yo ¡Elija usted!

— Formulada así la disyuntiva — contestó con gravedad Rosario — me obliga usted á decirle que, en estricta justicia, no debo condenar al destierro á un inocente. La obligación de esa avecilla es cantar, y canta...

— ¡Basta! — murmuró Felipe, mordiéndose con cólera los labios. — Sé también cuál es mi obligación...

Y se dirigió hácia la puerta, después de hacer un ceremonioso saludo... Pero le faltó el valor para irse... ¡el cobardón! Se detuvo vacilante un momento, y volviendo la cabeza dijo á la ingrata, con voz que inspiraba compasión:

— ¡Rosario... me está usted matando!

— ¡Dios me libre!

— ¿Qué he hecho á usted para que me haga sufrir tanto?

— ¿Sufre usted? ¡Pobrecillo! Entónces le perdono...

¡Ea! Hagamos las paces... Deme usted un apretón de manos y siéntese á mi lado.

— ¿Ahí? ¿En ese mismo asiento?

— Si, aquí... Le haré á usted un ladito.

Aprovechó Felipe la licencia y estrechó frenéticamente las manos de la jóven, que le parecieron más finas y suaves que el terciopelo. No se atrevió á besarlas.

— Hablemos formalmente, — dijo Rosario.

— Sí, hablemos.

— Estoy enterada de todó: afirma usted que me quiere con delirio, con locura... Bueno; pero esas son palabritas de miel que dice usted de rutina, y habrá dicho mil veces á otras.

— ¡No! Yo juro á usted...

— ¡Nada de jurar! Por mi parte le confesaré que... aunque tiene usted cara de embustero, no puedo menos de oírle con gusto.

—¡Ay, Rosario!

—¡Por Dios, déjeme usted concluir! ¡Qué fuguillas! Siento hácia usted simpatías... ¿á qué negarlo? Me parece usted un buen chico, muy impresionable, muy vivo de genio, muy atolondrado, muy coquetón... ¿No es así? Convengamos en que le he conocido pronto... Pues bien, á pesar de estas malas cualidades (y otras que me callo), no sería difícil que llegase á quererle... y á quererle bien.

—¡Rosario, Rosario! ¡Esas dulces palabras!...

—¡Silencio! — le dijo ella poniendo un dedo en los labios.
—Tengo yo también mis caprichos, mis atolondramientos... Tomo con prontitud mis resoluciones, y nunca me pesa; así quiero yo que sea usted... Ahora, cuatro palabras más, y acabamos. ¿Usted me quiere?

—¡Con toda mi alma!

—¡Así sea! Supongamos que le hago idéntica confesión, que le digo: «Felipe, le quiero á usted con toda mi alma...» No me interrumpa usted, amiguito; esa es una mala costumbre. Continúo: «Suponiendo que ni usted ni yo mentimos; que es verdad que nos queremos, que nos adoramos, que no podemos vivir el uno sin el otro, y que este amor será siempre igual ó mayor y que durará tanto como nuestras vidas...»

—¡Durará siempre, siempre!

—En este caso, nada más se necesita para ser dichosos... Hé aquí mi mano es de usted... Cuando pase un mes nos casaremos, y en paz.

—¡Nos casaremos! ¡Oh felicidad!... ¿Qué?... ¿Cómo... Pero... ¿dice usted que nos casaremos? ¡Ábrete tierra y trágame — pensó Felipe con desesperación.

El sin ventura se encontraba en el caso (si tal caso fuese posible) de un alma que, segura de alcanzar la eterna dicha, se sintiera arrebatada á las mismas puertas del Paraíso, por Lucifer en persona... El espectro de Gabina se le puso delante... ¡Casarse con Rosario! ¿Cómo, si ya estaba casado?

Mientras en tan horribles pensamientos se abismaba

Felipe, habíase puesto de pie. Rosario, ceñuda y arrogante.

—¿Se puede saber, caballero —le interrogó con voz firme— á qué debo atribuir esas vacilaciones?

Felipe, anonadado, sin fuerzas para incorporarse, masculló algunas palabras incomprensibles.

—Si usted no sabe ó no puede contestar á esta pregunta —continuó ella,—¿qué peregrinos proyectos abrigaba usted al pretender hacerse amar de mí? ¿Qué fines se proponía? ¡Ah! Si no conociera yo bien la historia de usted, que habría sido de mí? Por fortuna, Dios no me abandona... Excuso calificar la infame conducta de usted, la conducta de un hombre que no se pertenece que está casado...

—¡Ah, Rafael miserable, canalla!—gritó Felipe

—Rafael es el mejor de los hombres, el mejor de los amigos... Pero concluyamos —dijo Rosario haciendo sonar un timbre Como jamás, desde hoy, nos volveremos á ver, es preciso que quede usted al lado de la que tiene derecho á llevar su nombre, y esto va á ser ahora mismo.

—¿Qué dice usted? —exclamó Felipe espantado.

—Gabina está aquí, en esta casa.

—¡Imposible, Imposible! ¡No puede ser!—gritó como un loco Felipe.

Rosario extendió el brazo hacia una puerta que acababa de abrirse, y dijo con tono glacial:

—Ahí la tiene usted: esa es su legítima esposa.

Volvió la cabeza Felipe, y... ¿era un sueño? ¿alguna horrible pesadilla? ¿Se habría vuelto loco? ¡Allí estaba en el umbral de la puerta! ¡Era ella, el original del retrato; Gabina en cuerpo y alma, negruzca, angulosa, chiquituela, torcida, sonriendo y alargándole cariñosamente los brazos!

Aquella última emoción fué más fuerte que él, y cayó desvanecido.

VII

Fué un verdadero crujido de nervios, una tremenda revolución en el organismo de Felipe; algo así como cuando se estira, se estira sin cesar una cuerda, y estalla de pronto.

El médico dijo que el termómetro señalaba una fiebre muy alta, y que el enfermo, si no de gravedad, necesitaba muchas atenciones y cuidados.

La noche de aquel día memorable se la pasó Felipe delirando. Unas veces increpaba á Rafael, llamándole hipócrita, falso amigo y odioso rival... Rosario le defendía... ¡Se amaban!

Otras veces pedía á gritos que le quitasen de delante una visión espantosa que desde la puerta lo miraba con ojos fosforescentes, brillando como ascuas en el fondo de unas órbitas tenebrosas...

También llamaba á su padre, pidiéndole perdon, y, en fin, hasta las moritas de Argel salian á relucir de aquella especie de danza fantástica, que bailaban las ideas en el desequilibrado cerebro del visionario.

Dos dias duró aquel estado alarmante, y aun después de entrar en un período de relativa calma, hallábase tan débil y alicaído, tan turbada su inteligencia por el pasado accidente, que no era capaz de discurrir con lucidez, ni explicarse la razon de la enfermedad que le tenía postrado en el lecho.

Todo lo veía como á través de una espesa neblina; verdad es que la alcoba estaba casi siempre en tinieblas; de

dia con la ventana entornada, dejando apenas pasar un poco de luz; por la noche ardía en un ángulo de la estancia una lucecita encerrada en un globo de esmerilado cristal... En los rincones todo eran sombras y negruras... Sobre un veladorcito había varias botellas y frascos llenos de potingues.

Felipe soñaba mucho... ¡Pero que ensueños tan deliciosos!

De día y de noche veía á Rosario, la hermosísima Rosario, fresca, diligente, ir y venir sin ruido, como si tuviese alas y no necesitara poner en el suelo los diminutos pies.

Horas enteras la veía á la cabecera de la cama, sentada en un gran sillón, que con solo ese objeto había sido colocado; ella le cuidaba, ponía en orden la ropa del lecho, le tocaba la frente para ver si la tenía ardorosa, sostenía le la cabeza mientras le daba las medicinas... Si algún indiscreto ó curioso quería entrar en la alcoba, allí estaba ella para impedirlo. ¡Era su ángel guardian!

Tan feliz se sentía Felipe, que á veces le faltaba poco para llorar, pensando que en cuanto estuviese bueno y recobrarla la lucidez de su inteligencia, toda aquella inmensa y soñada dicha se desvanecía como el humo.

La implacable realidad pondría entonces en lugar de Rosario, á D.^a Pancha, ó tal vez á una hermana de la Caridad, que continuaría ejerciendo su piadosa misión, maquinalemente, cumpliendo un deber humanitario, sin más entusiasmos que los del misticismo, tratándole, no como á Felipe, sino como á un prójimo.

Aquella Rosario, tan cariñosa, tan buena, tan linda, á quien él amaba siempre, por quien moriría gustoso; aquella Rosario adorada, era una sombra, un espejismo, la forma impalpable que tomaba su deseo....

¡No quería sanar! ¡No quería vivir! La muerte sería para él la más deliciosa de las muertes pudiendo ver á Rosario hasta el último momento á la cabecera de su cama.

Y véase como, á veces, los sueños y delirios de la ima-

ginación tienen algo de lógico y razonable: la Rosario, enfermera cariñosa, dulce, de angelical carácter, dispuesta hasta el sacrificio por evitar dolores á su enfermo, tenía, sin embargo, un punto de semejanza moral con la cruel Rosario, entusiasta del pajarillo cantor; una nota de carácter tan idéntica, que diríase era la misma,

Cuando Felipe quería hablar, no le dejaba... ¡En esto sí que se parecían una y otra, como dos gotas de agua!

De buena gana le hubiera dicho él:

—Oye, Rosario mia, adorada, yo estoy soñando, lo sé; pero ya que te veen sueños, y eres para mí tan buena... dime que me quieres. ¡Ten compasión de mí! La otra Rosario me desprecia, y hasta me odia; sí, me odia... Ella cree tener razón, pero no la tiene; yo sé que no la tiene... ¡Soy muy desgraciado! ¿Sabes cuales fueron sus últimas palabras? «Jamás, desde hoy, nos volveremos á ver!» Pero tú, la Rosario de mis sueños, me devuelves todas las esperanzas, toda la dicha que la otra me arrebató... Acércate mucho á mí, y dime callandito, al oído, que me quieres... ¿Que más te dá, tonta, si todo esto son vapores, quiméras, nubes, nada?

Todas estas cosas, y otras que pensaba, hubiera dicho Felipe á su ideal enfermera: pero ella le imponía silencio, le obligaba á callar con tal dulce imperio, que trocaba el gustoso el placer de hablarla por el de obedecerla...

Una mañana, al amanecer, se despertó Felipe singularmente despejado; había dormido muy bien aquella noche y se sintió limpio de fiebre.

¡Pero qué hondísima tristeza irradió su espíritu! Ahora que podía discurrir con razón firme, comprendió que ya para él se habían acabado aquellos deleitosos ensueños; tembló al pensar en la espantosa soledad en que se vería, y maldijo ¡el insensato! á la salud que llegaba á ofrecerle de nuevo un puesto en el banquete de la vida.

En aquellas crisis de desesperación se despertaba su conciencia, y punzábanle crueles remordimientos; sólo

entonces se acordaba de su padre, el único ser capaz de amarle y disculpar sus extravíos.

Abrió con pena los ojos, y desahogó el pecho con un suspiro.

¡No! Esta vez no soñaba... Allí, á su cabecera, vió á Rosario, que dormía en el sillón, apoyando la cabeza en la almohada. Su seno encantador se movía con el pausado ritmo de una respiración tranquila; el gracioso abandono en que la sorprendió el sueño, prestaba nuevos atractivos á su bellísima figura; algunos rizosos bucles orlaban su pura frente, y estaba aquella frente tan cerca de los labios de Felipe, que éste se atrevió á dejar en ella un tenue y suavísimo beso, en el que puso toda su alma de enamorado.

Aquel momento, en que Felipe tuvo conciencia de su dicha, compensó todos los sinsabores sufridos... Quedóse entregado á una especie de éxtasis... Todo le parecía misterioso y poético: la plácida calma que le envolvía, el silencio, los pálidos fulgores del alba cayendo sobre la faz dulce y serena de Rosario, la luz que agonizaba con intermitentes llamaradas dentro de su globo de cristal

.....
Al despertarse Rosario, fingió él dormir; y por entre los semicerrados párpados la vió atravesar de puntillas la alcoba, entreabrir con el menor ruido posible la ventana, echar un vistazo á la cama, y salir silenciosamente.

Apuel día se levantó Felipe. Muy débil aún para hacer valentías, tuvo que resignarse á ocupar el sillón, y no moverse de él hasta la caída de la tarde; allí le sirvió Rosario la frugal comida ordenada por el facultativo.

Devanábase los sesos Felipe para adivinar el misterio de todo lo que veía, ó, mejor dicho, de todo lo que no veía. En la alcoba no entraba nadie más que Rosario... ¿Donde estaba el padre de ésta? ¿Qué era de doña Pancha? ¿Qué de Rafael? ¿Qué había sido de Gabina? Diríase que se los había tragado la tierra.

La ausencia de estas personas constituía para él un

problema de imposible resolución, mientras no tuviese datos.

Rosario, siempre afable y solícita, pero silenciosa, se sentó aquella tarde no muy lejos de Felipe, poniéndose á trabajar en una de esas complicadísimas y delicadas labores de encaje, que ponen á prueba la paciencia.

No era mucha la de Felipe, que aguardaba á que Rosario, viéndole ya con más ánimos, le recorriera el velo que tantos secretos ocultaba; y como observase que continuaba muda, se decidió á tomar la palabra.

— Rosario — la dijo: — estoy dispuesto á obedecer á usted en todo; considéreme su esclavo; si usted me ordena que me arroje por la ventana, me arrojaré sin vacilar. ¡Pero no exija usted que me calle, porque me declaro en rebeldía!

La jóven levantó con lentitud sus ojos de la labor, y, fijándolos en los de Felipe, le dijo sonriendo:

— ¿Tan interesante es lo que tiene usted que decirme?

— ¡Cuanto más de interesante hay en el mundo para un hombre! Además, tengo derecho... ¡perdóneme usted! Tengo vehementes deseos de saber cosas que ignoro... En primer lugar, Rosario, yo le debo á usted la vida...

— ¿A mi?

— Sí; en absoluto á usted. Esta mañana, al sentirme bueno, al salir de aquella especie de alucinación en que he vivido durante estos días, cuando me dí cuenta de mi estado y me figuré que todo había sido un sueño delicioso que se había desvanecido para siempre..., aborreci la vida, porque la vida sin usted me era odiosa é insoporable...

— Poco á poco, amiguito — le interrumpió Rosario; — ya sé adónde iremos á parar por ese camino, y veo que no tendré más remedio que decir las cosas claras... ¡Ay de mí! Yo he cometido un pecado, y me inpongo la penitencia... He sido muy tirana, muy cruel con usted... ¡lo confieso! Desde que supe quien era usted, de dónde venía, y adónde iba, debí hacerme sorda á sus galanterías, en-

cerrarme en mi habitación, no hablarle más; quise ser la vengadora de mi sexo, castigando á un hombre veleidoso y traidor á sus deberes... ¿Quién era yo para imponer castigos á nadie? Fuí más allá de lo justo, y considerándome causante de la enfermedad que usted sufrió, hice voto de ser su única enfermera, de no separarme de su lado hasta reparar con mi abnegación el mal que había hecho, y poder alcanzar, cuando ya estuviese usted bueno, su perdón...

—¿Fué eso nada más?—preguntó Felipe, ahogándose de pena.—¿No ha habido en usted otro móvil que el de la compasión... el del remordimiento?...

Hizo un esfuerzo para incorporarse, y se desplomó de nuevo en el sillón, pálido, sudoroso y dejando caer la cabeza sobre el pecno.

Rosario dió un grito, corrió hácia él asustada, cogió entre sus manos la cabeza del jóven, y le dijo con temblorosa voz:

—¡Felipe! ¡Felipe! Por Dios... ¿está usted peor? ¡Niño, más que niño, no fué el remordimiento, no!...

—Ya lo sé—contestó Felipe, mirándola con amor,— ¡Si, sé que usted me quiere, aunque no me lo diga!...

Rosario nada dijo, en efecto; sólo si dejó un momento sus manos entre las de Felipe, y retirándolas luego suavemente, volvió á su silla dando un suspiro.

De nuevo tomó la labor, más que nada para disimular en lo posible su turbación, y ocultar el encendido rubor que invadía sus mejillas.

—¡Ya lo creo que me quiere usted!—continuó Felipe en voz baja y acariciadora.—¿Como es posible remediar eso? El amor, lo sé por experiencia, no es un sentimiento que se busca y se encuentra cuando se quiere... Yo lo he buscado mucho, todo lo que llevo de juventud, y hasta ahora no di con él. ¡Cuando menos lo esperaba! Llama á las puertas del corazón, y hay que abrirselas de par en par... Luego se le quiere echar fuera... ¡Imposible! Usted hubiera deseado aborrecerme... ¿no es verdad? y ahora resulta todo lo contrario. ¡Me ama usted!

—¡Loco!—murmuró Rosario.

—Sí, será una locura... ¡pero nos queremos! ¿Que nos reservará el porvenir? ¿Ausencias, amarguras, lágrimas, desesperación? No importa... ¡nos queremos! ¿Tendremos que luchar heroicamente contra todas las preocupaciones del mundo; devorar afrentas, vencer obstáculos, ó quedar vencidos? Nada importa... ¡nos queremos! Suceda lo que quiera, yo he de ser la sombra de usted; donde quiera que usted vaya, allí iré yo...; porque usted, Rosario, es la única mujer, la única, á quien he amado y amaré mientras viva.

Rosario no protestó; seguía con la cabeza baja, fingiendo estar por completo entregada á la labor... La agitación de su pecho desmentía aquélla calma aparente.

Oíanse de un modo perceptible los gorjeos del canario. ¡Pero el enemigo estaba lejos!

—¿Qué cambiado estoy!—continuó Felipe.—¿Quién, que me haya conocido, creerá que soy el mismo? ¡Yo, tan atolondrado, tan superficial, tan frívolo! . Usted es la autora de esta admirable metamorfosis... Pero sáqueme usted de incertidumbres: ¿qué ha pasado aquí durante mi enfermedad? ¿Como no veo á nadie más que á usted?

— Otro día hablaremos de eso.

— No, ahora.

— Aún está usted débil.

— Me encuentro perfectamente...

¡Concédame usted un plazo! ¡Nada más que hasta mañana...! ¡Mire usted que tengo que reñirle mucho!

No hubo remedio; Felipe se resignó á esperar, consumido por la impaciencia, á que llegase la hora de las grandes revelaciones... Pero Rosario estaba allí, á su lado; podía hablarla, desarrollar á su gusto el inagotable tema del amor... ¡Fue una tarde deliciosa!

Al día siguiente le costó buen trabajo á Rosario el impedirle salir de la alcoba, para lanzarse á los pasillos y ver por sus propios ojos que seres había en aquella casa encantada...

—¿Conque se juzga usted transformado?—le dijo ella, haciéndolo sentarse —¡Siempre será usted el mismo!

—Bien; pero dígame usted...

—Digo que, entre todas sus locuras, hay una imperdonable.

—¿Pero es que usted conoce la historia de mi vida?

—Página por página.

—¡Gracias á Rafael!—repuso Felipe apretando los puños.

—:Qué injusto es usted con su amigo!

—¡Rosario!... ¿Continúa usted su defensa?

—Dejemos á Rafael por ahora, y hablemos de otra persona que debe interesarle más.

Felipe creyó que iba á nombrar á Gabina; pero se engañaba.

—Usted dice que me quiere... siguió diciendo Rosario.—¿Cree usted posible interesar el corazón de una mujer, que no ignora la ingratitud, la monstruosa falta de sentimientos que supone el proceder de usted para con aquel infeliz anciano que en Madrid?...

—¡Mi padre!—la interrumpió él.

—Sí, su padre de usted.

—¡Es verdad!—dijo Felipe. Pero usted no sabe, Rosario, que el recuerdo de lo que hice con mi pobre padre es uno de mis mayores sufrimientos... ¡Bien me castiga Dios! Fuí un miserable... Al principio me inspiró no sé que extraña locura; luego quise enmendar mi falta... Acepté el destierro á Canarias, al lado de la que jamás podría amar; todo estaba dispuesto, y era mi decisión irrevocable... ¡Pero la vi á usted, Rosario, y aquel razonable plan vino á tierra como un castillo de naipes! ¿Qué hacer ahora? ¿Como resolver este horrible conflicto? *Ella* sabe que vivo... ¿Por qué fatal encadenamiento de las cosas ha venido esa mujer á Barcelona, á esta misma casa? Créame usted; lo que me sucede es para perder la razón!...

—¡No tanto, Felipe, cálmese usted! Por el pronto, lo que interesaba era escribir á Madrid.

—¿Me lo manda usted? pues ahora mismo...

—Ya lo hice yo.

—¡Ha escrito usted á mi padre!—exclamó levantándose Felipe.

—Sí...

—Pero... ¿cuando?

—¡Oh! Hace ya cuatro ó cinco días...

—¿Y él?—preguntó Felipe con el alma pendiente de los labios de Rosario.

—Vendrá...: me lo ha prometido... Si es que ya no ha llegado...

—¡Por Dios, Rosario, digamelo usted todo!... ¿Ha venido? ¿Está aquí? ¡Corro á abrazarle... á pedirle perdón!

Decididamente Rosario hacía para Felipe el papel de hada; á su evocación se presentaban los ausentes, como obedeciendo á alguna maravillosa *varita de las virtudes* que ella poseyera.

Bastóle extender una mano hacia la puerta, y apareció el bueno de don Ruperto, hecho un mar de lágrimas...

Felipe se arrojó en brazos de su padre, mientras éste le apretaba contra su corazón, diciendo entre sollozos:

—¡Felipín! ¡Hijo mío!

VIII

¡Buen peso se le quitó de encima á Felipe al abrazar á su padre! Pasados los primeros momentos de expansion, empezó á hacerle mil preguntas... ¿Cuándo había venido? ¿Le molestaba mucho el reuma? ¿Le perdonaba?

Don Ruperto había estado mal unos días, pero ahora hallábase sano y fuerte, á Dios gracias; y no solamente perdonaba las diabluras de su hijo, sinó que se arrepentía de haber sido tan tenaz y machachón, obligándole á carsarse contra su gusto... Debió prever que aquél muchacho de imaginación tan fogosa haría muchas tonterías y barrabasadas en cuanto se echase á volar solo por esos mundos de Dios... En fin, lo pasado, pasado.

Rosario se levantó diciendo que quería dejarlos solos para que hablasen á sus anchas de cuanto quisiesen y con entera libertad, sin que les cohibiera la presencia de un extraño.

—¡No, no!— dijo D. Ruperto —¡Usted, á quien tanto debemos! Estese ahí quietecita, y haga un poco de penitencia... No me niegue el placer de oír á Felipe darle las gracias...

—¿Las gracias? ¡El alma y la vida le daría yo!— dijo Felipe—Usted no debe ignorar, padre, que Rosario...

—Lo sé todo, hijo mio; y nunca agradeceremos bastante lo que éste angel de Dios ha hecho por nosotros. Todos los calaveras como tu tienen más suerte de la que merecen!

—¡Ay!— suspiró Felipe—¡Suerte dice usted!... Lo que

debía hacerme dichoso, me hace el más desgraciado de los hombres!

—Esas palabras, Felipe, encierran una censura para mí. Ya comprendo que aludes á tu efectuado matrimonio con Gabina. ¿Qué quieres, hijo mio?... Yo creí hacerte feliz casándote con ella.

—¿Por qué es rica? ¡Desprecio, aborrezco, odio sus riquezas!

—Bien, pero comprende que el cariño de padre me cegó; yo quería lo mejor para ti; no pude adivinar ni remotamente las consecuencias de aquella imposición. Además, yo no ignoraba que la hija de mi difunto é inolvidable amigo era virtuosa y discreta, que sería buena esposa; creí que la falta de perfecciones físicas no habría de ser un invencible obstáculo á tu dicha, y pensé que cuando llegase mi última hora podría morir tranquilo al lado tuyo, de tu mujer y de tus hijos, si los tenías, viendo asegurado tu porvenir en el seno de tu nueva familia... ¡Me engañé de medio á medio!

—¡Pero, padre—dijo Felipe con desmayada voz:—si esa desgraciada, esa... Gabina es incapaz de inspirar amor á ningún nacido! ¿Vió usted su retrato?—continuó en tono más bajo, dirigiendo temerosas miradas á la puerta.—¡Pues ella es peor, cien veces más fea y horrible! ¡La he visto!

—Tú, cállate y escucha—le contestó don Ruperto.—Estoy conforme con todo lo que dices; es así como lo pintas... ¡pero es tu mujer!

—¿Ella mi mujer? ¿Aun quiere usted conquistarme? Antes que volverla á ver... me tiro de cabeza por esa ventana.

—¡Bien sabe ella que no la quieres, infeliz!

—¿La hablado usted?

—Sí; y puedes creerme que es la mujer de más recto juicio que conozco; comprende que su presencia te horroriza...

—No, para comprender eso, ningún talento necesitaba.

Ya le dije á usted en Madrid que, en cuanto la viera, me daba un patatús... Y así fué, que por poco me muero del susto.

—En fin —dijo D. Ruperto —ello es que Gabina ha tomado la resolución, desde que te ha visto...

—¿Pero cómo diablos ha venido á Barcelona? ¡Necia pregunta es la mía! ¡Rafael, siempre Rafael! ¡Ah, como le eche la vista encima!...

—¡No seas majadero, Felipín, no seas botarate! Ahí tienes otra cosa que no te mereces: la inapreciable amistad de ese excelente muchacho.

—¡También le defiende! —refunfuñó Felipe —Pero bueno, acabe usted, padre, de decirme qué sapientísima resolución piensa tomar Gabina. ¿Volverse por donde ha venido? Ya podía haberlo hecho, si aún sigue aquí, que de eso no sé palabra. Y que se considere viuda, ni más ni menos que si me hubiera embarcado en el *Maria Pepa*.

—No conoces á Gabina.

—¡Ni ganas!

—De su talento y energía, y de los medios de fortuna con que cuenta, podemos esperar mucho más que una separación material!... Esto equivaldría á que ambos quedaseis á perpetuidad en un estado amfibio: ni viudos, ni casados, ni solteros.

—¿Pues que piensa hacer?

—Cortar por lo sano; intentar el divorcio absoluto.

—¡Padre, no me haga usted concebir esperanzas! —exclamó Felipe, dirigiendo una expresiva mirada á Rosario, la cual permanecía silenciosa, escuchando con interés el diálogo.

—Las leyes de nuestra religión y de nuestro país, hijo mío, son muy severas y terminantes con respecto á tan delicado asunto... Pero, no obstante, hemos inaugurado con el mejor éxito nuestras gestiones. Imploraremos el favor de las más altas dignidades eclesiásticas y civiles; y ya que en este siglo (como en todos) es el oro la potente palanca que remueve los mayores obstáculos, ningún me-

dio se omitirá para conseguir nuestros fines. Porque Gabina, esa mujer que tanto desprecias, consumirá toda su fortuna, se arruinará, si es preciso, con tal de poder sellar libre y proporcionar ansiada independencia al ingrato que tan despiadadamente la rechaza. ¡Como si ella, la pobre, tuviera la culpa de ser fea!

—Tampoco un sapo tiene la culpa de ser sapo contestó Felipe y nadie, por compasión á su repugnante hechura, le pone en jaulas de oro y le hace mimos... Acerca del *buen palmito* de Gabina, doblemos la hoja, porque es peor meneallo. ¡Ay, madre! ¡mía de mi alma! continuó el jóven, sintiendo renacer sus perdidas esperanzas—¡Que ese divorcio proyectado sea un hecho... y la perdono! Mire usted, cuando no sea ya mi mujer, creo que me parecerá hasta bonita. ¡Capaz soy de poner su retrato á la cabecera de mi cama! Tal como hizo un capitán, amigo mio, que conservaba entre cristales una bala carlista que le agujereó el vientre...

Rosario y don Ruperto se echaron á reír al escuchar aquella salida; durante los tremendos días de prueba porque pasó Felipe, parecía como eclipsado su verdadero carácter, y con la buena nueva que le traía su padre, con la inesperada resolución de lo que parecía irresoluble, de nuevo resucitaba su alegría.

—¡Pues ánimo, Felipín!—dijo Don Ruperto, contagiado por el buen humor de su hijo.—La cosa es difícil, pero no imposible; será larga pero no interminable...

—¡Bendita sea la boca que tales cosas dice!—exclamó Felipe cogiendo las manos de su padre.

—Un poco de formalidad ahora—dijo éste.—Ya ves que todos, propios y extraños, miramos por tu felicidad: es preciso que tú no seas terco y te pongas en lo razonable. Hoy por hoy, Gabina es tu mujer; tiene sobre ti derechos indiscutibles, y á pesar de que me ha dicho que el separarse de tí será como despedirse para siempre de una dicha que creyó haber alcanzado, no vacilará en realizar

su propósito... Pero antes quiere decirte adios, darte el primero y último a brazo.

— ¡Vaya un capricho raro!

— ¿Qué dices! ¿Llamas capricho á tan legítimo deseo?

— Digo que eso es un disparate, un absurdo; y, sobre todo, digo que no la quiero ver. ¿Para qué? ¿A qué viene eso?

— ¿Y si ella está enamorada de tí?

— ¡Maldita sea su estampa! — gritó Felipe con exaltación.

— ¿Quiere algo más elocuente que el terrible efecto que sólo su presencia me produjo? ¿O es que intenta asesinar-me.

— No pide más que un adios, y un abrazo.

— ¡Ni uno, ni medio, ni nada!

— ¿Es tu última resolución?

— ¡La última!

— No insista usted, don Ruperto — dijo entonces Rosario levantándose. — Un ingrato es un árbol que no da fruto, aunque el horticultor de tique años enteros á su cultivo y cuidado... Pero ya que Felipe no se ablanda, y niega el único abrazo que su mujer le pide, ella se lo dará á la fuerza, antes de alejarse para siempre de su lado...

Rosario, modesta y ruborosa, linda como una flor de Mayo, inclinó su gentilísimo cuerpo hacia Felipe, echóle los torneados brazos al cuello, le oprimió contra su seno, y con mesurado andar dirigióse hacia la puerta...

Sintió Felipe, ante aquel inesperado abrazo, que un delicioso anonadamiento se apoderaba de él; quedóse estupefacto, como clavado en el suelo, sin fuerzas para moverse, ni hablar, ni discurrir.

— Ya lo ves — dijo entonces el pícaro de D. Ruperto. — Tu mujer te abraza, se despide de tí, te abandona...

— Pero... ésta... ¿Rosario es mi mujer?

Recobró de pronto las fuerzas; corrió hacia Rosario, y antes de que ella transpusiera el dintel de la puerta, la hizo su cautiva; la abrazó con frenesí, con locura; la besó mil veces, la prodigó los más cariñosos nombres, no aca-

baba nunca de acariciarla, de estrecharla contra su corazón, como si temiera que se la robaran... Y ella, encendida y convulsa, se abandonaba en brazos de su marido... mientras el pobre viejo los miraba, gozándose en su dicha, sonriéndose y enjugando un tremendo lagrimón que se había detenido temblando en la punta de la nariz.

— ¡Pero esta es mi mujer! — repetía Felipe comiéndola á besos. — ¡Tú eres mia, mia!

— ¡Basta, Felipin que la vas á ahogar! — dijo D. Ruperto.

— ¡Déjeme usted, padre! ¡Es mi mujer, me pertenece; tengo legítimos derechos para abrazarla, para tenerla así sobre mi pecho toda la vida! Quiero que no se aparte de mí... ¡Es mia! ¿No es verdad que eres mia, Rosario? ¡Dímelo! ¡Que lo oiga yo de tus adoradísimos labios!...

— ¡Si, soy tuya! — respondió ella en voz muy baja.

— ¡Vaya! — dijo D. Ruperto cogiendo por un brazo á su hijo. — Tus exagerados transportes van á costar una enfermedad á esta criatura.

— ¡Ha sufrido tanto, — contestó ella — que bien merece esta compensación!

— ¡Rosario mia! — exclamó Felipe — Si no soy para ti el más fiel, el más cariñoso y el mejor de los maridos, que no me dé Dios una hora de salud... ¡Ven; sentemonos los tres muy juntitos!... Tu aquí, á este lado; y usted, padre, á este otro. ¡Entre los dos! Cuantas cosas teneis que contarme! Pero comencemos por lo principal; quiero saber como ha podido hacerse este milagro...

— Aquí no hay milagro ninguno; no hay más que... te hemos engañado como á un chino — dijo D. Ruperto; — que la Gabina aquella con quién te casaste, no es otra que Rosario...

— Perdone usted, padre — le interrumpió Felipe — Que ella lo cuente, que me lo explique todo, que hable... ¡M mayor delicia es oír su voz!

Puso Felipe las manos en las de su mujer, y ésta comenzó así su narración.

«Yo había prometido á mi pobre padre casarme contigo,

Poco antes de morir me hizo ratificar de nuevo mi promesa, y al recordármelo el tuyo me puso en la dura alternativa de faltar á un deber sagrado, ó casarme sin amor con un desconocido.

»Por fortuna, aún no se había interesado mi corazón por ninguno de los que me asediaban con sus pretensiones...

«¡Cuántas noches de insomnio me costó la fatal promesa que hice á mi padre!... Parecíame que era escarnecer su adorado recuerdo el negarme á aquel enlace; y de cumplir mi promesa preveía un porvenir siniestro...

»Intenté defenderme arreglando las cosas de modo que, sin partir de mí la negativa, no pasara de proyecto el conuenido matrimonio, y te envié, no mi retrato, si no el de una cuarterona, que se crió en mi casa, tan fea de rostro como has visto...

«Contaba yo con que quizás te opondrias á aceptar por esposa á tan feísima mujer... Mi ardid no produjo el apetecido efecto... Momentos hubo en que casi me decidía á atropellar por todo y dejar incumplida la postrera voluntad de mi padre... No tuve valor para esto y me casé

Resignada ya á mi suerte, te agnardaba en Tenerife con alguna esperanza de que, tal vez á fuerza de ternura y cariño, conseguiria hacerme amar de ti, contando que también te amaria yo si no eras un mal hombre...

»¡Pero he aquí que recibo la noticia del naufragio, catástrofe que puso término á mis conjeturas y cavilaciones... ¡Debo decirte toda la verdad, Felipe! No senti mi viudez como debe sentirla la esposa que pierde para siempre al compaero de su vida ¿Como, si no te conocía, si jamás te había hablado, si no te amaba?

»Tampoco experimenté una alegría, de que me hubiese horrorizado. Acepté, si, con calma aquélla situación, y oré por ti, acatando los designios de Dios

»Lejos de alegrarme, como digo, senti honda pena por tu padre, pensando en el tremendo golpe que sufriria al tener conocimiento de tan horrible desgracia.

»Le puse un largo telegrama procurando darle un con-

suelo imposible y animándole á que más adelante se fuera á Canarias, donde hallaría, al lado de su hija, atenciones y cariño. También pedí á Cadiz cuantas noticias se supiesen del naufragio del *María Pepa*. . . ¡Comprende, Felipe, cual sería mi sorpresa, y mi alegría (¡te lo juro!) al enterarme, por la gacetilla de un periódico, que habias sido tú el único que te salvaste!

»¿Pero qué habia sido de tí? ¿Como no me ponías un telegrama? ¿Donde estabas?... Cada vez que llegaba un vapor de la Península, me decía; ¡En este viene! Pero pasaba el tiempo y no parecías

»Tu padre me escribió veinte veces despues del sintestro, cuatro letras no más, casi borradas por las lágrimas, diciéndome que estaba enfermo... A ti solo te nombraba para lamentarse de tu muerte, y él quería también morir pronto

»Tomé una resolución: hice preparar mi equipaje y me dispuse á hacer el viaje á Madrid, llevándome conmigo á la cuarterona, el original de aquel retrato... Pero otras dos personas de casa se empeñaron en acompañarme: mi ama de llaves, la doña Concha que conoces, y don Pascual, mi administrador, el mismo de quien me has creído hija hasta hoy.

»Paso por alto mi llegada á Madrid y el mal estado en que encontré á tu buen padre ignorante aun de que vivias. Cuando le ví más mejorado y juzgué que no había peligro en ello, le dí el alegrón de enterarle de que aún tenía hijo... ¡Dios mío, cuantas lágrimas de felicidad vertió!

»Pero nos encontrábamos como antes: no sabíamos de tí, y tu extraña desaparición nos acongojaba. Todas las gestiones que hicimos para averiguar tu paradero resultaron por completo infructuosas, y así se pasaban días y más días...

»Desesperanzado y abatido ya, me decía con frecuencia tu padre: Desengáñate, hija mia; aquel periódico de Cadiz no dijo la verdad ¡Felipe ha muerto!

»Yo procuraba darle alientos asegurándole que, por fin, lograríamos saber la suerte que habías corrido.

»Una tarde se presentó en casa un desconocido: era Rafael. Ese excelente amigo, en cuanto llegó á Madrid no descansó un momento hasta encontrar el domicilio de tu padre, decidido como estaba á darle noticias de tu vida. Gracias á que le contastes tu historia, y él es bueno y quiso enmendar tu falta, pudimos saber por fin donde estabas... ¡En Argel! ¿Quién hubiera sospechado que te habías ido á Argel?

»Tu padre, loco de alegría, quiso escribirte sin pérdida de tiempo... Yo me opuse, porque mi perpétua idea de hacerme amar por mi marido me sugirió un plan, cuyo resultado has visto, contando con la complicidad de tu padre, de tu amigo y de todos los que me rodeaban.

»Era preciso que sufrieras algo por mí; y que si yo te llegase á enamorar se aumentase tu amor á causa de obstáculos al parecer insuperables... Me era preciso aparecer también un poco coqueta... ¿Pero no era una coquetería disculpable, puesto que con ella intentaba conquistar el corazón de mi marido?

»Las circunstancias no podían ser más favorables... Siendo discretos mis cómplices, imposible te sería sospechar que te ibas á encontrar en Barcelona con tu mujer. Además yo era para tí por completo desconocida.

»Explicué mi programa: alquilar aquí una casa, poner al frente de ella á D.^a Pancha, hacer los otros el papel de huéspedes, incluso Benita, la nueva ama de llaves de tu padre, y dejarme á mí llevar la batuta.

»Nada te digo, Felipe, de la admirable paciencia con que se allanaron todos á complacerme en lo que suponían un estrambótico capricho, y que en realidad era para mí de infinita trascendencia... ¡Como que daba una batalla para conquistar mi felicidad... y la tuya también, porque en cuanto te ví me dijo el corazón que llegaría á amarte!

»La prueba á que te sometí, y que tales efectos produjo

me llenó de aflicción; pero, ese cambio, las largas horas que pasé á la cabecera de tu cama y mi pena al verte sufrir por mi causa, tu agradecimiento, sirvieron para estrechar aun más los lazos de nuestro amor, que Dios bendiga... ¿Y ahora... me perdonas, Felipe?

—¡Vida mia! —exclamó él volviendo á abrazarla —He sido un infame, un mal hijo!... ¡He huido como un insensato del tesoro que me pertenecía! ¡Mil veces pediré, con lagrimas en los ojos, que me perdoneis.

—¿Quieres callarte, tonto?—dijo el buenazo de D. Ruperto.—Aquello ya pasó y no hay que acordarse de cosas tristes.....

—Tambien quiero que Rafael me perdone. ¡Que mal le juzgaba! ¡Donde está?

—Luego le verás á la hora de comér.

Otras explicaciones de menor importancia pidió Felipe, supo que la *cuarterona* se había marchado ya á Tenerife, en compañía de D. Pascual, noticia que le hizo exalar un suspiro de satisfacción; supo tambien que el poetico nombre de Rosario figuraba, en segundo lugar en la partida de bautismo de su seductora muger; Gabina era el primero...

—Gabina... Ga... bi... na...—dijo entonces Felipe —Pues me suena ahora bien eso de Gabina; no es tan feo nombre como yo me empeñaba en creer... Sin embargo, mugercita mia, te seguiré llamando Rosario.

—Llámame como quieras —respondió ella con encantadora sonrisa.

La entrada de Rafael puso término al familiar conciliábulo; si Felipe no le dió tantos abrazos y besos como á Rosario, poco faltó. El cariñoso y simpático Rafael cogió entonces la ocasión por los cabellos para echar un parrafito en favor de sus ideas optimistas.

—Ya ves como tenía yo razón —dijo á su amigo —El más sábio y verdadero de nuestros refranes, es aquel que dice, «No hay mal que por bien no venga» ¡Es mi divisa! Si no te entretienes en Cádiz, te ahogas; si no haces la dia-

blura de irte á Argel, no me hubieras conocido; si no te roban los moros no me cuentas tu vida y milagros; y si no me los cuentas te mueres allí de hambre y no hubiéramos podido nosotros representar esta maravillosa comedia, cuyo desenlace es tu felicidad...

—¡Tienes razón, querido Rafael! Y espero que los acontecimientos de tu vida se enlacen de modo que tengan una solución tan feliz como la de los míos; que logres tropezar por el mundo con un ángel que se parezca á mi Rosario...

—Ese tropezón es ya imposible—contestó jovialmente Rafael.

—¡Imposible y ¿porqué?

—¡Porque tengo ya en casa mi cacho de gloria y un par de ángeles mofletudos, como dos soles! Te llevo alguna delantera en el camino de la dicha.

* * *

Don Ruperto se encontró con la horma de su zapato al hablar con don Pascual del asunto de jardinería y horticultura; ambos adoraban los vegetales, considerándolos casi casi como seres inteligentes, capaces de agradecer los cuidados que se les prodiga, y pagando generosamente en flores, perfumes, frutos, sombra y deleites lo que por ellos se hace.

Una soberbia quinta de recreo que Rosario poseía á media legua escasa de Santa Cruz de Tenerife, les ofreció ancho campo donde satisfacer sus gustos.

Y mientras los dos viejos se entregaban en cuerpo y alma á su placer favorito, en lo más sombrío y solitario de aquel paraiso terrenal, en la parte opuesta de donde ellos sembraban, podaban y regaban, iban del brazo Rosario y Felipe, muy juntitos, sin más testigos que Dios y la exuberante naturaleza que les rodeaba.

FIN